

Brecha

AÑO 4 :—: ARTES :—: AGOSTO DE 1960 :—: LETRAS :—: No. 12

Secretario del Consejo de Redacción: **Arturo Echeverría Loria** — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

Edita: **BRECHA LTDA.** — "ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO".—*Rubén Darío* — Precio: ₡ 1.25

Albert Camus: un hombre

por Emile Moirin

No se refería a Camus, Paul Valéry, cuando advertía: "No se debe nunca confundir al hombre que ha escrito una obra, con el hombre que la obra nos deja suponer". La tarea de Camus es la manifestación veraz de la experiencia vivida por un ser apasionado de la vida y horrorizado por la muerte, no sólo de la suya, si no de la muerte injusta. "La locura y la muerte son irremediables. El hombre no escoge; lo absurdo y el exceso de vida que comporta no depende de su voluntad, sino de su contenido: la muerte. Es cuestión de azar. Veinte años de vida y experiencia no se pueden reemplazar nunca..."

Todos los libros de Camus se desarrollan al rededor de la muerte. En *El Extranjero*, el fallecimiento de la madre y del Arabe; en *La Peste*, la lucha cotidiana contra un aniquilamiento implacable; un suicidio con el recuerdo de la complicidad que provoca el fin de Clemence, en *La Caída*. "El Hombre Rebelde", o la rebelión contra el crimen político. No mencionamos su formidable ensayo contra la pena de muerte ni sus admirables editoriales de "Combat".

El personaje preferido de

Camus es el médico, no el científico de *Martin du Gard*, sino el médico **absurdo**, quien empeña toda su fuerza en rechazar la muerte, sabiendo que al final de cuentas es ella la triunfadora.

La meditación sobre la muerte llevó a su compatriota San Agustín hasta Dios. Pascal apuesta a favor de Dios; la misma meditación a nuestro Pascal del siglo XX hasta el hombre, es a favor del hombre su apuesta.

El profesor Bo, de la Universidad de Torino, declaró: "Camus ha hecho para nosotros lo más importante: ha devuelto al hombre su dignidad, enseñándole la paciencia y la humildad. Es el moralista sin sospecha de nuestros tiempos".

"No soy barrendero ni príncipe", sólo soy un hombre y así permanecerá Camus, para siempre Como Alcestes, se ha negado a decir "cualquier palabra que no llegare del corazón", pero no tuvo que huir a un desierto a buscar el derecho de vivir sinceramente, tuvo el valor de hacerlo en medio de los hombres, en una época donde el escritor no tiene otra alternativa que la de escoger entre el dinero o la

prostitución... No es Alceste el que habla por medio de Camus, en el banquete brindado por los Republicanos Españoles, después de recibir el premio Nobel?: "en la etapa actual de mi experiencia, no tengo que complacer a nada, ni a un partido, ni a una iglesia, ni a cualquiera de los conformismos que llevan a nuestra sociedad a la muerte, sino a la Verdad, solamente a medida que la conozca". "Dicen que soy un solitario. Cuando esto signifique que no dependo de nadie, es cierto, pero deja de serlo puesto que lo soy con millones de nuestros hermanos. Trato de cumplir con mi arte, y lo encuentro difícil en medio de la afanosa sociedad intelectual, que es la nuestra, donde el reflejo sustituye a la reflexión, donde sectas enteras se atribuyen el mérito de la deslealtad, donde la maldad tiene cara de inteligencia".

Vivir sin deber nada a nadie, ni siquiera a Dios! Me niego a creer que la muerte lleve a otra vida! Para mí es una puerta que se cierra, nada más! "...En la Peste, contesta al Padre Danieloux: "No, Padre, me negaré hasta la muerte en querer una creación donlos niños mueren torturados!"

Fue difícil para los hombres de esta generación seguir los consejos del maestro Bergson, de mirar la condición humana como hiciera Dios, desde muy arriba: "A un Dios que mira de arriba, todo parece armonioso, como la confianza de las flores en la primavera"

"Todos los hombres de mi generación se criaron mientras tocaban tambores; y nuestra historia no ha dejado de ser la historia de manzanas, de injusticia y crímenes".

Su primera visión de la vida fue la pobreza. Hijo de humildes obreros. La guerra le quita a su padre; su madre lava ropa para criarlo. Por las noches al regresar de su trabajo, extenuado, no oía nada, no decía nada, ¡Ningún sentimiento a la medida del mundo común! Silencio! Indiferencia! El niño seguirá criándose, aprendiendo. Lo criarán, y le exigen gratitud, como si le hubiesen evitado el dolor... Están tan lejos y a la vez tan cerca el uno del otro... Así será la madre de Meursault y también Meursault identificado con su madre, indiferente, silencioso. La vida de Camus empieza al nivel de las cosas sin historia, frente

a su presencia desnuda. Ya el exilio es su reino.

Pero nació Camus en un país donde la luz se atesora. "He crecido en el mar y la pobreza me era fastuosa... Meursault dirá: "Era verde el mar! ¡Me sentía feliz!"

La patria mediterránea: Grecia, Africa, Italia, España, Francia, es su primer plan de cultura, al que vendrá a agregarse luego otro: la Rusia de Chestov, de Dostoyevski y otro: la tuberculosis que le obliga a abandonar sus estudios de filosofía y a trabajar...! "Siempre me sentí atraído por aquellos a quienes desprecian y humillan".

Entra en el periodismo. Hay tantos motivos para defender a las víctimas de la injusticia...!, y esto fue motivo para ser expulsado de su propia tierra! André Malraux dirá de él: "Camus tenía la obsesión de la justicia... Antes de ser escritor, Camus fue un hombre...".

No es la guerra quien inclina a Camus a considerar la vida como "absurda": Encontré mis ideas en las calles de mi tiempo!" "Lo absurdo no es, por cierto, un término filosófico, hay que buscarlo en los nihilistas rusos, y antes que Camus, André Malraux lo había denunciado. Camus va a hacer de lo absurdo el punto de partida de una moral de vida. Ya tenía escritas: **Calígula**, **Las Bodas** y gran parte de: **El Extranjero**, cuando es el terrible impacto de la guerra, el cual haría de: **Sísifo** el tipo ideal de nuestros tiempos. No tener esperanza no es desesperar. "Estamos en una época. Sin embargo, son muchos los que confunden lo trágico con la desesperanza! Lo trágico, más bien, tiene que ser un gran puntapié a la desdicha.

Después de haber pasado la guerra en el grupo de resistencia "Combat", Camus, el mismo día de la Liberación de París, publica la primera hoja del mismo nombre, y sumirá su dirección hasta el año 48. Sus editoriales son el orgullo de la prensa francesa... Es un profesor de moral que

enseña a su país la justicia y la esperanza. "Mañana no será el odio el que hablará, sino la justicia basada en la memoria ¡Yo se que es una justicia sagrada la de perdonar a los verdugos en nombre de todos los nuestros que supieron morir, sin hablar, con la paz en el corazón que no ha traicionado nunca! Pero también es una justicia sagrada y eterna la de castigar, en nombre de los más valientes, de los más puros, a quienes se volvieron cobardes y murieron desesperados llevando en su corazón el odio a los demás y el desprecio de sí mismos"!

Y hoy día presenciamos de nuevo el despertar de las persecuciones raciales, bajo el inoble símbolo de la cruz hitleriana. No es inútil recordar lo que Camus escribía en 1948 sobre la actitud de los ingleses para con los israelitas. "La mujer esterilizada por los S. S., el hombre a quien obligaron a acostarse con su hermana desnuda, la madre que llevaba un niño en brazos al que le rompían la cabeza, la esposa obligada a mirar la ejecución de su marido, los escapados de los hornos crematorios, y todos aquellos que han temblado durante años, día tras día; aquellos sin hogar a los que hablan de una tierra de naranjos y lagunas donde nadie les escupiese la cara..., los apalearon, a todos. Los genios políticos habían arreglado tan bien las cosas, que no se po-

día hacer más. Y pasó éste en medio del silencio y pláticas fariseas. Después de todo los judíos suplicaron a Cristo!...He aquí el resumen de la Historia Universal! Entonces que terminen con los perseguidos de cualquier raza, cada vez que se pueda comprobar que los ahorcan, deportan o fusilan injustamente...! El mundo tiene horror de estas víctimas inagotables. Son ellas las que corrompen; todos tienen la culpa de que nuestra sociedad huelga tan feo!"

Por haber adoptado el partido del hombre solo, abatido, tanto por un destino implacable como por la injusticia del número de los otros contra el solitario, Camus ha llegado en: **Hombre Rebelde** a una conclusión lógica: proclama el derecho del individuo a rebelarse contra la revolución, pues esta se cambia en tiranía cada vez que sacrifica la minoría en provecho de los más. "Cuando la rebeldía en nombre de la fuerza y de la historia, llega a ser esta mortífera y desmesurada mecánica, la oposición viene a ser sagrada en nombre de la medida y de la vida. Montesquieu dijo en su tiempo: "La injusticia que se comete contra un individuo pone en peligro a todos los demás". Camus va más allá de esto. El medio siglo va a terminar con una cifra superior a los setenta millones de víctimas humanas! Al terminar la segunda guerra

mundial había soñado, como muchos, en una revolución pura y fraternal. Pasó la guerra y continúa la matanza, la tortura, las violencias morales y físicas, en nombre de cualquier ideología! "Todos los verdugos son de la misma familia", y aún más: "Quién levanta las armas para la justicia da un paso hacia la injusticia!"

"Nos piden odiar a tal o cual país, a tal o cual pueblo. Sin embargo somos algunos de los que sentimos nuestra semejanza con todos los hombres, y no podemos aceptarlo... Hay que combatir el miedo y el silencio, y con ellos la separación de los espíritus a la que llevan. La servidumbre, la injusticia, la mentira son las plagas que impiden el diálogo libre entre los hombres. Si no podemos escapar a la historia, podemos por lo menos pretender quitar a la historia esta parte del hombre que no pertenece a ella: el espíritu".

El pensamiento de Camus ha caminado con lógica rigurosa. Su horror a la muerte le ha llevado al pavor de toda violencia, sea la que fuere. A la rebeldía contra la violencia de donde viniera. La mayor parte del **Hombre Rebelde**, se dirige a los comunistas de Estaline que le atacaron violentamente y, quién más que Camus ha protestado contra las matanzas de Budapest? Quién organizó un Comité-Pasternak, por si acaso el escritor ruso hubiese salido de su país. Pero al mismo tiempo, quién reivindica la libertad de expresión para los comunistas? "Un país policía y censura contra la libertad de expresión ha dejado de llamarse Democracia".

Es el mismo Camus quien levanta la voz contra la entrada de Franco en la UNESCO; rechaza la invitación del gobierno argentino de Perón para viajar a ese país; el mismo Camus que protesta sin cesar contra el terrorismo y las represalias que tanto hieren a su tierra natal. Y cuando en Estocolmo un rebelde argelino le objetara su: "pasión por la justicia", Camus le gritará la respuesta más bella que haya salido del co-



razón de un hombre: "Amo a mi madre antes que a la justicia!".

Poco antes de morir, Camus fue a Estocolmo a recibir el premio Nobel, y frente al mundo que lo escuchaba pronunció estas últimas palabras que son casi un testamento espiritual: "No pretende nuestra generación volver a hacer el mundo. Tiene un papel importantísimo: impedir que se deshaga. Heredera de una historia corrompida, en donde se mezclan las revoluciones caídas, las técnicas dementes, los dioses muertos, las ideologías fatigadas, en las cuales poderes mediocres pueden, hoy mismo, destruir todo por ser incapaces de convencer, en las que la inteligencia ha caído hasta ser la sirvienta del odio y de la opresión. Esta generación tuvo que restaurar a aquello que hace digno el vivir y el morir. Frente a un mundo amenazado por la desintegración, en el cual nuestros grandes inquisidores corren el riesgo de establecerse para siempre en el reino de la muerte. Esta generación sabe,

que su primer deber sería correr hacia adelante para restaurar entre las naciones la paz, pero no una paz de servidumbre, sino la paz de la reconciliación, del trabajo y de la cultura, haciendo con todos los hombres, sin excepción, una Arca de la Alianza". Hasta aquí llegó el paladín "de la desesperanza"...

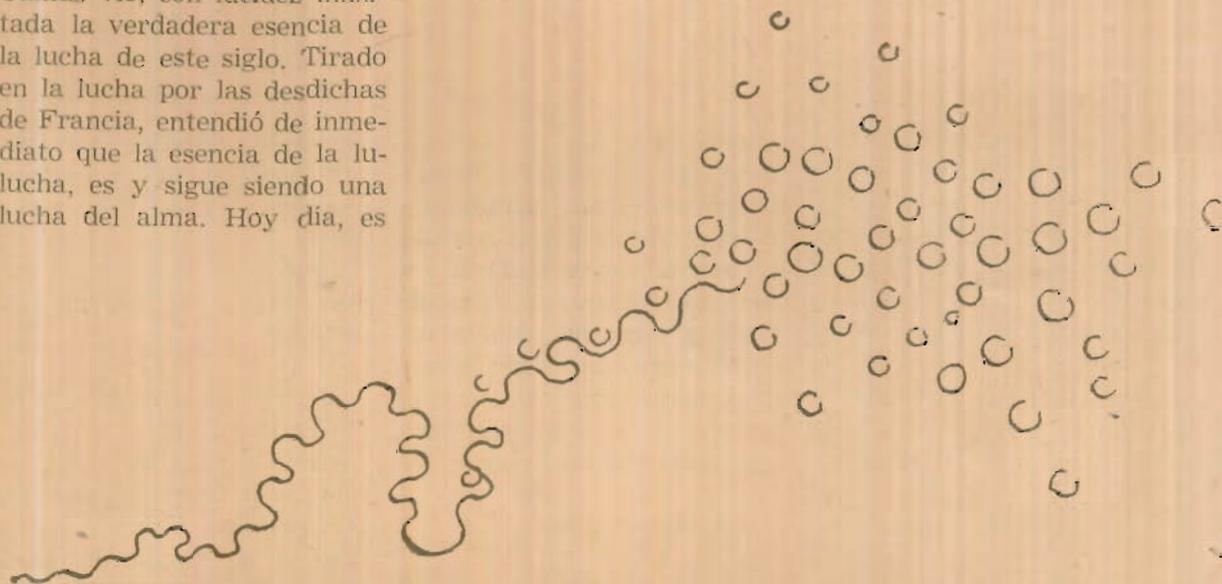
Salvador de Madariaga, en su emocionante homenaje dice: "desde el primer momento, Camus vio, con lucidez inusitada la verdadera esencia de la lucha de este siglo. Tirado en la lucha por las desdichas de Francia, entendió de inmediato que la esencia de la lucha, es y sigue siendo una lucha del alma. Hoy día, es

para el alma del mundo que se combate. Y en esta lucha, como Camus lo entendió la primera vez, hay que luchar en dos frentes a la vez...

"Camus no es un político! Vió esta lucha para el alma de los hombres con una claridad asombrosa... Y sólo acababa de comenzar, bajo las formas políticas que toma en nuestro tiempo. Irá siempre más profunda y las dos fuerzas en pre-

sencia tratarán de apoderarse del alma humana en los niveles más esenciales (quizás después de entenderse entre sí). Si la desgracia quiere que llegue tal día, entonces Europa tendrá que llorar la ausencia de este genio que era, antes de todo, UN HOMBRE".

(Resumen de la conferencia dictada en la Biblioteca de la Asamblea Legislativa de Costa Rica, el día 13 de julio de 1960)



Librería ANTONIO LEHMANN

En su departamento especializado **OFRECE:**

LAROUSSE UNIVERSAL ILUSTRADO

Esta magna obra constituye un inventario completo del conjunto de ideas, hechos, lugares, personas, acontecimientos y procedimientos que abarca el saber humano. Por su ordenamiento alfabético brinda rápida orientación y sus extensos artículos especializados hacen de ella una obra de estudio y consulta, un instrumento inapreciable de cultura personal.

POR QUE UN "LAROUSSE"?

Porque Larousse es la editorial más importante del mundo especializada en obras enciclopédicas. De sus archivos emanan diccionarios dedicados a todas las ramas del saber y de la vida práctica, desde la etimología de los apellidos hasta la gastronomía. Su documentación incomparable le permite publicar logradas síntesis enciclopédicas de rigurosa actualidad sobre los grandes temas científicos, históricos y culturales. Los diccionarios Larousse, en uno, dos o seis volúmenes, desafían al tiempo, desde hace más de cien años, porque viven al compás de su tiempo.

Tres volúmenes en cuarto mayor, más de 2.000 páginas con 188.000 artículos lexicográficos y monografías enciclopédicas, más de 3.500 grabados y mapas en negro, 77 láminas en negro, 24 mapas en color fuera de texto, 72 láminas en color y en negro fuera de texto.

El LAROUSSE UNIVERSAL es la primera edición en español de un diccionario francés de igual título; adaptación hecha bajo la dirección de Miguel de TORO Y GISBERT, Doctor en Letras, Correspondiente de la Academia Española.

CONSULTE NUESTRO SISTEMA DE VENTAS A PLAZOS

La Ironía

Por Albert Camus

Hace dos años conocí a una anciana. Sufrió de una enfermedad de la que había creído que iba a morir. Le había quedado paralizado todo el lado derecho. No tenía más que una mitad de sí misma en este mundo, y ya la otra le era extraña. Viejecita bulliciosa y parlachina, había quedado reducida al silencio y a la inmovilidad. Sola durante largas jornadas, sin letras, poco sensible, toda su vida se refería a Dios. Creía en Él. Y lo probaba el hecho de que tuviera un rosario, un Cristo de plomo y, hecho de estuco, un San José con el niño. Dudaba de que su enfermedad fuera incurable, pero lo afirmaba para que la gente se interesara por ella, y en todo lo demás se remitía a Dios, al que amaba tan mal.

Aquel día, alguien se interesaba por ella. Era un joven (Creía que había allí una verdad y sabía, por lo demás, que aquella mujer iba a morir, sin inquietarse por resolver esta contradicción). Se había tomado un verdadero interés en el aburrimiento de la anciana. Y ella la había sentido agudamente. Ese interés era una buena suerte inesperada para la enferma. Le hablaba de sus penas con animación: se le estaba acabando la cuerda y, claro está, había que dejar el lugar a los jóvenes. ¿Si se aburría? Con toda seguridad. Nadie le hablaba, ella se estaba en su rincón, como un perro. Mejor era terminar de una vez. Porque prefería morir que ser la carga de alguien.

Se le había hecho la voz

querellante. Era la voz del mercado, del regateo. Sin embargo, ese joven comprendía, aunque él creía que era mejor ser la carga de otros que morir. Pero eso únicamente probaba una cosa: que sin duda él nunca había sido la carga de nadie. Y precisamente el joven decía a la anciana, porque había visto el rosario:

—Le queda Dios.

Era cierto. Pero aun a este respecto la fastidiaban. Si se quedaba un largo rato en oración, si se perdía la mirada en algún motivo de la alfombra, la hija decía:

—¿Y todavía reza!

—¿Y a tí qué te hace? —decía la enferma.

—No me hace nada, pero termina por ponerme nerviosa.

Y la vieja se callaba, lanzando a la hija una larga mirada cargada de reproches.

El joven escuchaba todo aquello con una inmensa pena desconocida que le incomodaba en el pecho. Y la vieja continuaba diciendo:

—¿Ya verá ella cuando sea vieja! ¡También ella tendrá necesidad de ésto!

Uno tenía la impresión de que aquella anciana estaba liberada de todo, salvo de Dios entregada por entero a ese mal último, virtuosa por necesidad persuadida demasiado fácilmente de que lo que le quedaba era el único bien digno

de amor, hundida por fin, y sin remisión, en la miseria del hombre en Dios. Pero que renazca la esperanza de la vida y Dios ya no tiene fuerza alguna contra los intereses del hombre.

Se habían sentado a la mesa. El joven estaba invitado a cenar. La vieja no comía porque por la noche los alimentos son pesados. Había permanecido en su rincón, detrás del que la había escuchado. Y al sentirse así observado, el joven comía a disgusto. Sin embargo, la comida avanzaba. Para prolongar la reunión decidieron ir al cinematógrafo. Precisamente daban una película alegre. El joven había aceptado atolondradamente, sin pensar en el sér que continuaba existiendo a sus espaldas.

Los comensales se habían levantado para ir a lavarse las manos antes de salir. Evidentemente, no era el caso de que la vieja también fuera. Aun cuando no hubiera sido impotente, la ignorancia le habría impedido comprender la película. Decía que no le gustaba el cine; pero en verdad no lo comprendía. Por lo demás, se estaba en su rincón y tenía un vivo interés vacío por las cuentas de su rosario. En él ponía toda su confianza. Los tres objetos que conservaba eran para ella el punto material en donde comenzaba lo divino. Partiendo del rosario, del Cristo o del San José, se abría detrás de ellos una gran negrura profunda, en que la vieja ponía por entero su confianza.

Todos estaban ya listos. Se

acercaban a la anciana para besarla y desearle que pasara una buena noche. Ella ya había comprendido y apretaba con fuerza el rosario; pero bien pudiera ser que ese además fuera tanto de desesperación como de fervor. La habían besado. Sólo quedaba el joven, que había estrechado con afecto la mano de la mujer y ya se volvía. Pero la vieja veía despedirse a aquel que se había interesado por ella. No quería quedarse sola. Sentía ya el horror de su soledad, del insomnio prolongado, del coloquio decepcionante con Dios. Tenía miedo. No se apoyaba sino en el hombre, y, aferrándose al único sér que le había demostrado interés, no le abandonaba la mano, se la apretaba, mientras le agradecía torpemente para justificar esa insistencia. El joven estaba molesto. Ya los otros se volvían para invitarlo a que se apresurara. El espectáculo comenzaba a las nueve y era mejor llegar un poco temprano para no tener que esperar en la taquilla.

El se sentía frente a la más horrenda desdicha que hubiera conocido: la de una vieja enferma, a la que se abandonaba para ir al cine. Quería partir y librarse de aquello, no quería saber nada de eso y procuraba retirar la mano. Durante un segundo sintió un odio feroz por aquella anciana y se le ocurrió abofetearla con toda furia.

Por fin pudo alejarse y salir, mientras la enferma, a medias incorporada en el sillón, miraba con horror cómo se desvanecía la única certeza en la que hubiera podido descansar. Ahora nada la protegía. Y, entregada por entero al pensamiento de su muerte, no sabía exactamente lo que la espantaba, pero sentía que no quería estar sola. Dios no le servía más que para alejarla de los hombres y dejarla sola. Ella no quería apartarse de los hombres. Y por eso se puso a llorar.

Los otros ya estaban en la calle. Un remordimiento tenaz roía al joven. Levantó la mirada hacia la ventana con luz, gigantesco ojo muerto en la casa silenciosa. El ojo se ce-

rró. La hija de la anciana enferma dijo al joven:

—Siempre apaga la luz cuando está sola. Le gusta quedarse a oscuras.

Aquel anciano se imponía. Fruncía las cejas, sacudía un índice sentencioso. Decía:

—A mí, mi padre me daba cinco francos por semana para que me divirtiese, y me duraban hasta el otro sábado. Pues bien, aún me las arreglaba para poner aparte algunas monedas. Primero, para ir a ver a mi novia, me hacía cuatro kilómetros por pleno campo de ida y cuatro kilómetros de vuelta. Vamos, vamos, les digo que la juventud de hoy ya no sabe divertirse.

Estaban sentados a una mesa redonda tres jóvenes y él, viejo. Contaba sus pobres aventuras; bobadas puestas por las nubes, desfallecimientos que él celebraba como victorias. No se producían silencios en el relato y, urgido por

decirlo todo antes de que los otros se fueran, recordaba de su pasado lo que creía apropiado para conmover a los oyentes. Hacerse escuchar era su único vicio: se negaba a ver la ironía de las miradas y la brusquedad burlona con que lo colmaban. Para ellos era el vejete del que se sabe que todo iba bien en su época, siendo así que él creía ser el abuelo respetado cuya experiencia pesa. Los jóvenes no saben que la experiencia es una derrota y que hay que perderlo todo para saber un poco. El había sufrido. No decía nada de ello. Sienta mejor parecer feliz. Y luego, si se equivocaba en esto, se habría equivocado más gravemente queriendo en cambio conmover con sus desgracias. ¿Qué importan los sufrimientos de un viejo cuando la vida nos ocupa por entero? Hablaba, hablaba, se perdía con delectación en lo grisáceo de su voz ensordecida. Pero aquello no podía durar. Su placer solicitaba un fin y la atención de los oyentes declinaba. Ya ni siquiera resultaba divertido; era viejo. Y

a los jóvenes les gusta jugar al billar y a las cartas, que no se parecen al trabajo imbecil de cada día.

Bien pronto se quedó solo, a pesar de los esfuerzos y de las mentiras para hacer más atrayente su relato. Sin consideración alguna, los jóvenes se habían marchado. De nuevo solo. Que no se le escuche a uno, eso es lo terrible cuando se es viejo. Se le condenaba al silencio y a la soledad, se le significaba que pronto iba a morir. Y un viejo que va a morir es inútil y hasta molesto e insidioso. Que se vaya. Y si no lo hace, que se calle: es lo mejor que se le puede pedir. Y él sufre porque no puede callarse sin pensar que es viejo. Se levantó, sin embargo, y se marchó sonriendo a todos. Pero no encontró sino rostros indiferentes o sacudidos por una alegría de la que él no tenía derecho a participar. Un hombre decía riendo:

—Es viejo, no digo que no. Pero a veces, en las viejas

marmitas es donde se hacen las mejores sopas.

Otro, con acento ya más grave:

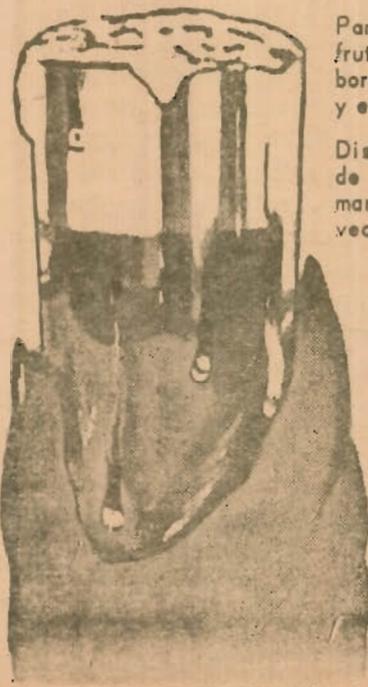
—En casa no somos ricos, pero comemos bien. Mira mi nieto, más que su padre, come. Al padre le basta con una libra de pan, y él se come un kilo. ¡Y zas la salchicha, y zas el queso! A veces, cuando terminó, dice: "ham, ham" y todavía sigue comiendo.

El viejo se alejó. Y con paso lento, un pasito de asno cargado, recorrió las largas aceras, llenas de hombres. Se sentía mal y no quería volver a casa. Generalmente le gustaba bastante llegarse hasta la mesa y la lámpara de petróleo, los platos, en los que maquinalmente los dedos encontraban su lugar. También le gustaba la cena silenciosa, con la vieja sentada frente a él, los bocados largamente masticados, el cerebro vacío, los ojos fijos y muertos. Esa noche volvería más tarde. La cena estaría servida y fría, la vieja se habría acostado, sin inquietud,



PILSEN

SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.



puesto que conocía aquellos retrasos imprevistos. Solía decir:

—Está alunado

Y quedaba dicho todo.

El avanzaba ahora en la dulce obstinación de su paso. Estaba solo y era viejo. Al cabo de una vida, la vejez se resuelve en náuseas. Todo termina en que no se le escuche a uno. Anda, dobla una esquina, tropieza y casi cae. Yo lo vi. Es ridículo, pero qué vamos a hacer. A pesar de todo, prefiere la calle, la calle antes que esas horas en que, en su casa, la fiebre le desfigura a la vieja y lo aísla en su habitación. Entonces a veces la puerta se abre lentamente y queda semicerrada por un instante. Entra un hombre. Va vestido de claro, se sienta frente al viejo y permanece callado durante largos minutos. Se queda inmóvil, como la puerta entreabierta. De cuando en cuando se pasa una mano por el pelo y suspira dulcemente. Una vez que hubo mirado un buen rato al anciano, con la misma mirada cargada de tristeza, se marcha, silenciosamente. Detrás de sí un ruido seco cae del pestillo y el viejo se queda horrorizado, con su miedo ácido y doloroso en el vientre. Mientras que en la calle no está solo, por poca gente que se encuentre en ella. Su fiebre canta. Apresura el pasito: mañana todo cambiará, mañana. De pronto descubre que mañana será parecido, y pasado mañana, y todos los demás días. Y este descubrimiento irremediable lo aplasta. Son ideas como esas las que nos hacen morir. Por no poder soportarlas, la gente se mata... O, si uno es joven, hace frases con ellas.

Viejo, loco, ebrio, no se sabe. Su fin será un fin digno, con sollozos, admirable. Morirá bellamente, quiero decir, sufriendo. Eso será para él un consuelo. Y, por lo demás, ¿a dónde ir? Es viejo para siempre. Los hombres construyen para la futura vejez. A esa vejez asaltada por hechos irremediables, quieren darle el ocio que los deja sin defensas. Quieren ser capaces para retirarse a una pequeña villa.

Pero, una vez hundidos en la edad, saben bien que eso es falso. Tienen necesidad de otros hombres para protegerse. Y a éste le era necesario que se lo escuchara para que creyera en su vida. Ahora las calles estaban más negras y menos transitadas. Aún pasaban algunas voces. En el extraño apaciguamiento del atardecer, se hacían más solemnes. Detrás de las colinas que circundaban la ciudad, había aún luces del día. Un humo imponente, venido no se sabía de dónde, apareció detrás de las crestas cubiertas de árboles. Lento, se elevó y se escalonó como un abeto. El viejo cerró los ojos. Frente a la vida que se imponía a los rumores de la ciudad y la sonrisa indiferente del cielo, él estaba solo, desamparado, desnudo, muerto ya.

¿Será necesario describir el reverso de esta hermosa medalla? Es de suponer que en una pieza sucia y oscura, la vieja servía la mesa... y una vez preparada la comida se sentó, miró la hora, esperó un poco y se puso a comer con apetito. Pensaba: "Está alunado". Y quedaba dicho todo.

* * *

Eran cinco: la abuela, el hijo menor, la hija mayor y los dos chicos de esta última. El hijo era casi mudo. La hija, enferma, pensaba con dificultad; y de los dos nietos, uno trabajaba ya en una compañía de seguros, cuando el más joven aún estudiaba. A los setenta años, la abuela dominaba aún a todo el grupo. Sobre su cama podía verse un retrato suyo en el que, cinco años más joven, recta en un vestido negro, cerrado en el cuello por un medallón, sin una arruga, con inmensos ojos claros y fríos, exhibía ese porte de reina que no la abandonó sino con la edad y que a veces ella procuraba recobrar en la calle.

A esos ojos claros el nieto debía un recuerdo que aún la hacía enrojecer. La anciana esperaba que hubiera visitantes para preguntarle, mirándolo severamente:

—¿A quién prefieres? ¿A tu madre o a tu abuela?

El juego se hacía más violento cuando la propia hija estaba presente, pues en todos los casos el chico respondía:

—A mi abuela.

Y sentía entonces en el corazón un gran impulso de amor por aquella madre que se callaba siempre. Y cuando los visitantes se asombraban por esa preferencia, la madre decía:

—Lo que ocurre es que ella lo crió.

Y lo que ocurría era también que la anciana creía que el amor era cosa que se exige. De su conciencia de ser una buena madre de familia lograba una especie de rigidez e intolerancia. Nunca había engañado a su marido y le había dado nueve hijos. Después de la muerte de él, había educado a su pequeña familia con energía. Abandonaron su villa de los suburbios y habían ido a parar a un viejo barrio pobre, en el que habitaban desde hacía mucho tiempo.

Y en verdad no le faltaban cualidades a aquella mujer. Pero para sus nietos, que estaban en la edad de los juicios absolutos, ella no era sino una comediente. Uno de sus tíos les había suministrado una anécdota significativa. Aquel tío, habiendo ido a visitar a la anciana, la había sorprendido inactiva, en la ventana. Pero ella lo había recibido con un trapo en la mano, y le había dado disculpas por continuar su trabajo, ya que tenía poco tiempo para cumplir con los deberes de la casa. Y fuerza es confesar que todo era así. Con demasiada facilidad se desvanecía al terminar una discusión familiar. También solía tener penosos vómitos debidos a una afección del hígado. Sólo que ella no practicaba discreción alguna en el ejercicio de su enfermedad. Lejos de aislarse, vomitaba con estrépito en el recipiente de basuras de la cocina. Y al volver juntos a los suyos, pálida, con los ojos llenos de lágrimas por el esfuerzo, si le suplicaban que se acostara, les hacía recordar la cocina, que había que atender,

y el lugar que ella ocupaba en la dirección de la casa.

—Soy yo la que aquí lo hace todo.

Y todavía:

—¿Qué sería de vosotros si yo desapareciera!

Los nietos se acostumbraron a no prestar atención a los vómitos, a sus "ataques", como ella decía, ni a sus quejas. Un día se quedó en la cama y reclamó que la examinara el médico. Se lo llamó por complacerla. Al primer día el médico diagnosticó un sencillo malestar, al segundo, un cáncer en el hígado, y al tercero, una ictericia grave. Pero el más joven de los dos nietos se obstinaba en no querer ver en aquello más que una nueva comedia, una simulación más refinada. No estaba inquieto. Aquella mujer la había oprimido demasiado para que sus primeras impresiones pudieran ser pesimistas, y hay una especie de valentía desesperada en la lucidez y en la negación de amar. Pero, representando el papel de la enfermedad, se puede efectivamente padecerla: la abuela llevó la simulación hasta la muerte. El último día, asistida por su familia, se liberaba de sus fermentaciones intestinales. Con sencillez se dirigió a su nieto y le dijo:

—Ya ves, ventoseo como un chanchito.

Murió una hora después.

El nieto, y ahora bien que lo sentía, no había comprendido absolutamente nada de aquel asunto. No podía librarse de la idea de que frente a él se había representado la última y más monstruosa de las simulaciones de aquella mujer. Y si se preguntaba sobre la pena que sentía, no descubriría ninguna. Únicamente el día del entierro, a causa de la explosión general de lágrimas, lloró. Pero lo hizo con el temor de no ser sincero y de mentir frente a la muerte. Era un hermoso día de invierno, atravesado por rayos de luz. En el azul del cielo se adivinaba el frío, todo bordado de amarillo. El cementerio dominaba la

Esculturas de Sangre

Por Alfredo Cardona Peña

Hay que tener cuidado con Josefo, pues describió a Jesús sin haberlo visto. No fue testigo ocular, pero en muchos puntos de historiografía más veraz que Herodoto, ese "inmenso bulto" de la narración antigua. Pues bien, según Josefo, era Jesús "de tez oscura, de pequeña estatura, tres codos de alto, jiboso, con rostro alargado, con cejas que se juntaban, con poco cabello desmelenado y partido por una raya sobre la frente al modo de los Nazarenos, con escasa barba, pero actuando con una fuerza invisible, influyendo decisivamente con una palabra, con un mandato". (En Alfred Weber, **Historia de la Cultura**). ¿Qué diferencia entre Jesús, líder de los obreros de Palestina, y Cristo en la estatuaria e iconografía piadosa!

Un Cristo, cuanto más sangriento, mejor es, atrae mayores ojos. No quiere el pueblo Cristos sin sangre, esculturas serenas, rostros apacibles, costillares sin tensión. Quiere y busca las figuras patéticas, los delirios tremendos del dolor. No se encuentra un enlace más íntimo con lo español. Esos Cristos sanguinolentos de España fueron los únicos que se americanizaron con amor en aquellos tiempos de heridas abiertas. El indio —como el Estado con el petróleo— expropió esos Cristos sanguinosos porque ellos guar-

daban el subsuelo de una riqueza emotiva que venía de lejos y cuyos preludios se encuentran desperdigados en el pasado. La lápida poblana de Tacamachalco, por ejemplo, se encuentra al pie de una roca perforada por flechas y es "una águila coronada de cuya cabeza salen los símbolos de la sangre y el fuego". (Toussaint). Esa lápida es una precursora de Cristo al ciento por uno. El indio agarró los Cristos y los puso en los adoratorios para calmar sus espantos cósmicos. No se ha ido de él ni se irá, porque tiene una naturaleza predispuesta a la contemplación trágica, y esto también es herencia española. México y España repitieron la fábula de la estopa y el fuego: vino la historia a soplar y ocurrió el incendio. Unamuno, voz de raza, hablaba de los Cristos acardenalados, lívidos, ensangrentados y desangrados. Sobre todo, olfateaba "el olor a tragedia".

Este olor se encuentra en México por todas partes, diseminado en la ascesis de lo popular, en las columnas criminológicas de los diarios y en las plazas de toros, que pueden ser el prefacio para entender el Cristo pasional, como también lo observaba Unamuno. Es tufillo mexicano muy particular, no impuesto por el centurión importado, sino por el nacimiento.

Así, ¿cómo no habrían de

prosperar y cubrirse de sangre los llamados **Cristos de los Conquistadores**, que según la imaginación del pueblo fueron los primeros de iglesia grande que llegaron al país, regalados por Carlos V?

El olor a tragedia —olor a muerte— ha envuelto a México acaso más intensamente que España, y si los pueblos, como se cree, tienen su aroma particular, su humor propio, México y los países con descendencia indígena huelen a trágico, respiran en tremendo.

Cristos hubo por aquí desde los tiempos de la guerra florida, como se puede comprobar leyendo algunos capítulos del padre José Acosta, jesuita, o de Bernardino de Sahagún, franciscano. Dice el primero que cada año daban los aztecas un esclavo a los sacerdotes para que lo cuidaran y vistieran espléndidamente, pero que de noche lo metían en una jaula hasta que llegaba el momento del sacrificio, pues representaba ese esclavo "la encarnación viva de todos los mitos". El segundo —Sahagún— es más explícito y relata la forma extraordinaria con que los aztecas escogían al hombre que por su belleza física, "delgado como una caña, ni muy alto ni muy bajo", fuera merecedor del raro privilegio de personificar a la potencia divina.

"Pegaban plumón de águila a su cabeza y plumas blancas de gallo introducidas en su cabellera que descendía hasta la cintura. Una guirnalda de flores pasaba sobre sus hombros y bajo sus axilas. Ornamentos de oro colgaban de su nariz, brazaletes dorados adornaban sus brazos, campanillas de oro tintineaban en sus piernas a cada paso que daba; pendientes de turquesas se columpiaban en sus orejas, brazaletes engalanaban sus muñecas, y collares de conchitas rodeaban su cuello y caían colgando sobre el pecho. Cuando paseaba por las calles tocando su flauta, despidiendo humo de su cigarrillo y oliscando un ramillete, se encontraba con la gente, ésta se arrojaba a tierra ante él y le rezaba entre suspiros y lágrimas, recogiendo el polvo y poniéndolo en la boca como señal de la más profunda sumisión. Llegaban las mujeres con sus criaturas en brazos para presentárselas, pues él pasaba por **Nuestro Señor Dios: el pueblo lo reconocía como el Señor**". (Cita de Sahagún en **La Rama Dorada**, de Sir Frazer).

Y así, sujetado por los sacerdotes en el día del sacrificio, le abrían el pecho y le sacaban el corazón palpitante,



ciudad y se podía ver cómo el hermoso sol transparente caía sobre la bahía temblorosa de luz, cual un labio húmedo.

* * *

¿No se concilia acaso todo esto? La verdad desnuda. Una mujer a la que se abandona para ir al cine, un viejo al que ya no se lo escucha, una muer-

te que no redime nada. Y, después, del otro lado, toda la luz del mundo. ¿Qué importa, si se lo acepta todo? Son tres destinos semejantes y sin em-

bargo diferentes. La muerte para todos, pero a cada cual su muerte. Al fin de cuentas, el sol nos calienta de cualquier manera los huesos.

entre los gritos y visajes del pueblo.

Luego comenzaron a llegar las talladuras gótico-isabelinas de la primer Colonia, suntuosas en su paroxismo de cera ardiente y barrocas hasta el delirio. Fueron en cierto sentido anti-Cristos, pues discriminaron a los Cristos de piedra de los caminos, sustituyéndolos por los de madera labrada en finísima taracea, así como en materiales tan bizantinos como el marfil. Pero los Cristos primitivos fueron hechos con cañas de maíz, como los que mandaba hacer en Michoacán don Vasco de Quiroga, que los indios llaman hoy **Tata Vasco**. Seguramente a uno de esos Cristos de maíz se dirigen las preces de aquella mujer que aparece en el impresionantísimo cuadro **Tata Jesucristo**, del pintor genial Francisco Goitia.

En fin: las esculturas religiosas, vestidas con la pasioncilla por lo sangriento que tanto ama el pueblo, son descolgadas de sus hornacinas durante la Semana Santa, para arreglarlas convenientemente y decorar las escenas de la Pasión: Cristos indígenas, amorosos y trágicos, los cuales han recibido tal baño de miradas, tal desprendimiento de energías mentales, que son como materializaciones del fantasma colectivo.

Léase con atención el siguiente pasaje de Bernal Díaz, que aparece en el capítulo LXXV de su grande y extraordinaria historia, y compárese la descripción que hace de los sacerdotes indígenas con la figura espectral de los Cristos de las aldeas y villorios:

"Y luego vinieron los papas de toda la provincia, que había muchos por los frandes adoratorios que tenían, que ya he dicho que entre ellos se dicen cúes, que son donde tienen sus ídolos y sacrifican. Y traían aquellos papas braseros con ascuas de brasas, y con sus encensos sahumando a todos nosotros; y traían vestidos algunos de ellos, ropas muy largas, a manera de sobrepellices, y eran blancas, y traían capillas en ellos, querían parecer como a las de las que traen

los canónigos, como ya lo tengo dicho, y los cabellos muy largos y engreñados, que no se pueden esparcir si no se cortan, y llenos de sangre, que les salían de las orejas, que en aquel día se habían sacrificado, y abajaban las cabezas, como a manera de humildad cuando nos vieron..." etc. etc.

Tan impresionante descripción nos deja pensando en la misteriosa similitud de esas esculturas desgredadas y sangrientas, con las cabezas bajas y los cuerpos en tensión, y la

figura de los sacerdotes prehispánicos, con las ropas untadas de sangre y respirando terrores cósmicos.

Iglesias mexicanas de Semana Santa: cavernas apretujadas y delirantes, clamorosas de visitación y olorosas a tragedia, que tanto nos gusta; cavernas ardientes en ascuas

vivas, por donde han pasado los milenios sin adulterar mucho las cosas; cavernas, en fin, donde los Cristos son las estalactitas y la muchedumbre que ora y se postra las estalagmitas palpitantes.

¡Oh prehispánica congoja, oh sudor pegajoso de los Cristos yacentes!



**Su conversación
puede causar
un accidente**

**PREVENCIÓN
DE RIESGOS**



Instituto Nacional de Seguros

Doña Anita

Por Adolfo Herrera García

Doña Anita Azofeifa es una mujer de rompe y rasga. Nadie lo diría viéndola tan pequeña, tan poca cosa, con una vocecilla aguda como un pito, las enaguas bien aplanchadas y la cotona limpia y olorosa a raíz de violeta.

Pero así de chiquita, los diez gambaludos que son sus hijos le obedecen al pie de la letra. ¡Hay que verlos cuando han hecho una de las suyas, temblando en espera de doña Ana, enanita como una gallina jardinera!

Y no importa que estén casados algunos; a todos los sornaguea de lo lindo y si no corren, la escoba les cae en la espalda.

Doña Anita vive únicamente para sus hijos. Y cada uno de ellos es un problema diferente.

José, el mayor, tiene muchos güilas y es muy pobrecito. Doña Anita tiene que andar viendo qué se rebusca en las casas de sus otros hijos, mejor acomodados, para llevar a la de José.

Benjamín, el segundo, es tomista, como afirma doña Anita. Es decir, se emborracha el domingo, se quita la goma el lunes, pero a veces se le va la mano, se vuelve a socar y, quitándose la goma, se le va la semana entera.

Cuando anda jupeado, doña Anita se le pone atrás, como un perro, cuidándolo. Se sienta en las puertas de las cantinas horas y horas a esperar que

termine de beber con todos los que llegan. ¡Dios libre levantar la mano contra el socas porque entonces aquella gallinita enana es una fiera que tira piedras, muerde, pateo, grita y arma un escándalo histórico en el pueblo. Si Benjamín va a un turno, allí está doña Anita en una esquina, sin importarle haber caminado muchos kilómetros con tal de cuidarle la borrachera. Es que, para una política, en una soca, le mataron a otro hijo, en esa bajada de la carretera donde sus manos levantaron una cruz de palo. Esa tragedia no volverá a suceder.

Toño es otro problema diferente; Toño es soltero y los ojos de la cara de doña Anita. Con él vive en una casa chirrisquítica como ella, una casa de cuento de enanos. Toño es muy mujeriego y la misión de doña Anita consiste en espantarle las conquistas. Muchacha que le habla a Toño debe tener por seguro que doña Anita le pegará una insultada de padre y muy señor

mio donde se la encuentre. Las desacredita: una es la vagabunda que se levanta a las diez de la mañana y ni tiende la cama; otra es una cualquiera, que va a hacer sus cochinas a San José; la de más allá tiene un hermano leproso.

Lo mismo pasó con las novias de Alvaro, que al fin se casó, y muy bien. Pero doña Anita, que no quería a la nueva, llegó a la iglesia el día del matrimonio y le dijo a la pobre hasta de lo que iba a morir:

—¡Cochina! Tenés entotrotado al muchacho con brujerías; pero vas a ver cómo no viven juntos ni una semana. ¡Sucia, puerca!

Y todo a gritos, con su voz pituda, desde el atrio de la iglesia, dejando caer los insultos, uno a uno, como piedras, sobre las cabezas de la concurrencia.

Alvaro tiene seis años de casado; doña Anita se reconcilió con el matrimonio y desde que nació la primogénita, su primera nieta —igualita a ella— visitó a su nuera como si no hubiese pasado nada.

Felipe es medio atontado. Antes era despierto, alegre y trabajador. Pero se fue para los banales del Pacífico, se metió a vivir con una nica y volvió muy enfermo, y así, jelado, amarillo, ido. Está de sacristán.

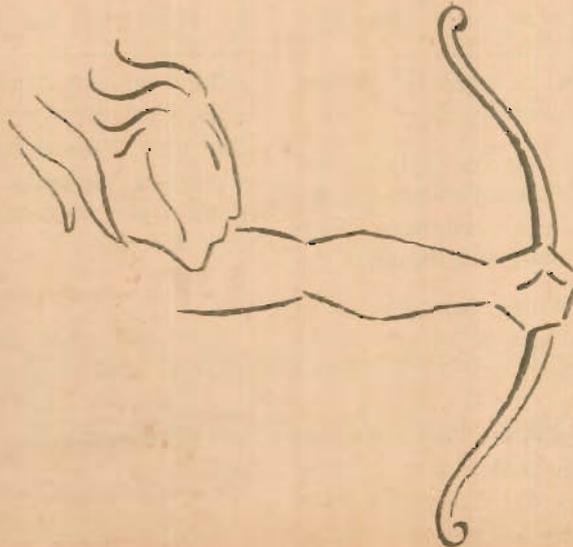
Manuel es chofer en San José. Todas las noches doña Anita le pide a Dios que no choque, que no se vuelque, que no corra mucho...

Luis está muy mal casado; la mujer le resultó suelta de rabadilla, dice doña Anita, y ella vive pendiente del momento en que su hijo la encuentre con otro. Claro que doña Anita le ha dado sus buenas pasadas, y hasta una vez la jaló de las mechas, pero no quiere hacer más escándalo para evitar que Luis entre en sospechas y ocurra una tragedia.

Ninfa —la hija— es otro problema. Se fue con un hombre hace mucho tiempo, y es de la vida alegre, como dice doña Anita, que no tiene pelos en la lengua. Ahora está en Panamá, metida con un macho; de allá, de vez en cuando, le manda un cheque que doña Anita emplea en comprarse la ropa del año y comprárselos reconstituyentes a los nietos más pobres.

¿Y Eduardo? Vive en Puntarenas. Es muellero. También todas las noches varios santos y la Virgen de los Angeles reciben de doña Anita el encargo de cuidarlo, de resguardarlo, de no dejarlo caer al mar...

¡Ah, el pobrecito de Pedro! Está en la Penitenciaría. ¡Una injusticia! Dijeron que él era quien limpiaba los tomales por la noche y le robaba las ropas a las lavanderas de San Rafael. Pedro se fue a la cárcel. Doña Anita va a verlo, todos los miércoles y los domingos, y a llevarle todo lo que puede. ¡Pero es inocente!



Confesiones de Tennesee Williams

Fuentes de Violencia

Cuando me acerqué a mi mesa de trabajo hace unas mañanas, encontré una carta que había escrito. Comencé a leerla y hallé esta frase: "Todos somos gentes civilizadas, lo que significa que todos somos salvajes de corazón, pero acatamos algunas cortesías de conducta civilizada". Luego proseguí diciendo: "Temo cumplir menos que usted estas cortesías. ¿La razón? Estoy de espaldas a la pared, y lo he estado tanto tiempo que la presión de mi espalda sobre la pared ha comenzado a desmoronar el yeso que cubre los ladrillos y la mezcla".

¿No es extraño que haya dicho que la pared estaba cediendo y no yo? Creo que sí. Siguiendo este curso de libre asociación, de repente recordé una comida que tuve alguna vez con un distinguido colega. Durante esta comida, más bien al final, rompió un largo y fúnebre silencio mirándome con simpatía y diciéndome con dulzura: "Tennessee, ¿no se siente usted bloqueado como escritor)".

La verdad es que Pedro nunca trabajó y vivía como un millonario.

El problema con Jorge es que tiene muy mal genio. Por cualquier cosa se calienta y echa mano al cuchillo. Doña Anita sufre mucho porque Jorge, con el mal genio que a cada rato piensa que se va a dar de filazos con sus contenedores, le resultó politiquero y trarios.

No me detuve a pensar una respuesta. Esta salió inmediatamente de mis labios sin ninguna pausa para planearla. Dije: "Ah, sí, siempre he sido bloqueado como escritor, pero mi deseo de escribir ha sido tan fuerte que siempre he podido romper el bloqueo y atravesarlo".

Nada falso sale de la boca con tanta rapidez... Los discursos planeados son los que contienen mentiras o disimulos, no lo que se dice abruptamente en un instante. Esto era literalmente cierto. A la edad de 14 años descubrí que escribir era escapar de un mundo de realidad en el que me sentía sumamente incómodo. Inmediatamente se convirtió en mi sitio de retiro, mi cueva, mi refugio. ¿Para qué? Para no ser llamado un maricón por los niños de la vecindad, y Miss Nancy por mi padre, porque más bien prefería leer libros en la gran biblioteca de clásicos de mi abuelo, que jugar canicas y beisbol y otros juegos de niños normales, como resultado

—¿Dejá la política! A vos qué te importa nada...!

—¿Pero no ha visto lo del Congreso? Aquí lo que se necesita es una verdadera revolución. Y con mayúscula.

Doña Anita también se lo encomienda a la Virgen todas las noches:

—Virgencita: hacé que no tenga tan mal genio; y arreglate eso del Congreso para que no vaya a seguir bravo.

de una enfermedad infantil severa y de un cariño excesivo a los miembros femeninos de mi familia que me habían vuelto a la vida.

Creo que no más de una semana después de que empecé a escribir me encontré con el primer bloqueo. Difícil es describirlo de una manera comprensible para cualquiera que no sea un neurótico. Trataré de hacerlo. Toda mi vida fui perseguido por la obsesión de que desear una cosa o amarla intensamente era ponerse en una posición vulnerable; de llegar a ser un perdedor posible, si no probable, de lo que más quería. Dejémoslo así. Ese bloqueo siempre estuvo allí y siempre lo estará, y mi oportunidad de obtener o realizar alguna cosa que desear, siempre estará seriamente amenazada por la existencia interminable de ese bloqueo.

Lo describí una vez en un poema llamado "Los niños maravillosos": "El, el demonio, construyó barricadas de

Estos son los hijos de doña Anita. Cada uno, un problema diferente. Nunca ha descansado esta viejecita descalza, activa y preocupada. ¿Cuándo irá a descansar?

—:—
Ayer iba muy mudada, en camión, para la capital.

—¿Para dónde va, doña Anita?

—A San José.

oro y hojas de estaño purpúreas, rotuladas Temor (y otros títulos augustos) que los niños saltaban con ligereza dejando atrás siempre su risa salvaje".

Pero, teniendo que luchar siempre con este adversario de temor, que algunas veces era terror, me llevó a cierta inclinación hacia una atmósfera de histeria y violencia en mis escritos, una atmósfera que existió en ellos desde el comienzo.

En mi primera obra publicada, por la cual recibí la gran suma de \$35.00, un relato publicado en el número de julio o agosto de 1928 de "Weird Tales", giraba alrededor de un párrafo de las historias antiguas de Heterodoto para crear un relato de cómo la reina egipcia Nitocris invitó a todos sus enemigos a un banquete espléndido en un subterráneo en las riberas del Nilo, y cómo, en el apogeo de este banquete, se excusó por abandonar la mesa y abrió las puertas giratorias que dejaban entrar las aguas del Nilo en la cerrada sala de banquetes, ahogando como ratas a sus invitados.

Tenía 16 años cuando escribí este relato, pero ya era un escritor confirmado, porque mi vocación se inició a los 14, y si ustedes conocen bien mis escritos desde entonces, no tengo que decirles que fueron la clave de la mayoría de la obra que siguió.

Mis primeras cuatro obras teatrales, dos de ellas representadas en San Luis, eran correspondientemente violentas o más que eso. Mi primera obra producida profesional-

—¿A ver a Pedro?

—No. ¿Pero no sabe? Ninfa me manda los cuatro chiquitos de ella. Cuando se fue para Panamá se llevó los cuatro chiquitos de Asdrúbal. Pero el macho no quiere vivir con ellos y Ninfa me los manda. Voy a recibirlos. No los conozco. Los cuatro son hombrecitos...

Y ríe con toda la cara, intensamente feliz.

mente y destinada a Broadway, fue "Batalla de Angeles", y fue tan violenta como puede lograrse en escena.

Durante los diecinueve años sólo he escrito cinco obras que transcurridos desde entonces, no son violentas: "La casa de cristal", "Usted me ha conmovido", "Verano y humo", "La rosa tatuada" y, recientemente, en Florida, una comedia seria llamada "Período de adaptación", que aún estoy trabajando.

Lo que me sorprende es hasta qué grado la crítica y el público han aceptado esta cortina de violencia. Creo que me sorprendió, más que todo, la aceptación y el elogio de "Repentinamente, el último verano", cuando fue puesta en Broadway. Creí que iba a ser embarrado de alquitrán y arrastrado fuera del teatro neoyorquino, sin otro futuro que las traducciones para teatros extranjeros que, equivocadamente, podrían tomar mi obra como castigo a la moral norteamericana, ya que no entienden que escribo sobre la violencia de la vida norteamericana sólo porque no conozco tan bien la sociedad de otros países.

El año pasado pensé que podría ayudarme, como escritor, hacerme el psicoanálisis. El psiquiatra que conocía mi obra y reconocía las heridas psíquicas que en ella se expresan, me preguntó en cuanto comenzamos: "¿Por qué está usted tan lleno de odio, cólera y envidia?"

Odio fue la palabra que discutí. Después de mucho argumentar, decidimos que "odio" era sólo un término provisional, y que sólo lo usaríamos hasta cuando descubriéramos una palabra más precisa. Pero, desgraciadamente, me volví inquieto y comencé a saltar entre el sofá del psiquiatra y algunas playas del Caribe. Creo que antes de que la dejáramos en paz, persuadí al doctor de que odio no era la palabra exacta, que había otra cosa, alguna palabra para ello, que aún no habíamos descubierto, y lo dejamos como estaba.

Cólera, ¡oh, sí! Y envidia, ¡sí! Pero odio, no. Creo que el odio es una cosa, un sentimiento que sólo puede existir cuando no hay comprensión. Es significativo que los buenos médicos nunca lo tienen. Nunca odian a sus pacientes, por odiosos que sean en su concentración implacable y maniática de sus egos torturados.

Puesto que soy un miembro de la raza humana, cuando ataco su conducta hacia sus compañeros, obviamente me

incluyo en el ataque, a menos que no me considere humano sino superior a la humanidad. No es así. No puedo presentar una debilidad humana en la escena, a menos que sepa que la tengo yo mismo. He presentado muchas debilidades y brutalidades humanas, y en consecuencia, las poseo.

Ni creo que sea más consciente de las mías que alguno de ustedes lo es de muchas suyas. La culpa es universal. Quiero decir, un fuerte sentimiento de culpa. Si existe alguna

parte en la cual el hombre puede elevarse sobre su condición moral, impuesta sobre él por nacimiento y mucho antes de nacer, por la naturaleza de su casta, entonces creo que sólo se debe a su buena voluntad de saberlo, de enfrentarse a su existencia; y creo que por lo menos más allá del nivel consciente, todos nos enfrentamos. De allí los sentimientos de culpabilidad, las agresiones desafiantes, y de allí la oscuridad profunda de la desesperación que persigue nuestros sueños, nuestra

ASEGURE SU CASA CONTRA INCENDIO



Un incendio puede destruir, en un momento, todos los ahorros y el trabajo de muchos años.

Asegure su casa, su almacén, sus muebles y todo lo que tenga de valor.

EL SEGURO DE INCENDIO LO PROTEGE A USTED CONTRA PERDIDAS EN CASO DE CONFLAGACION.

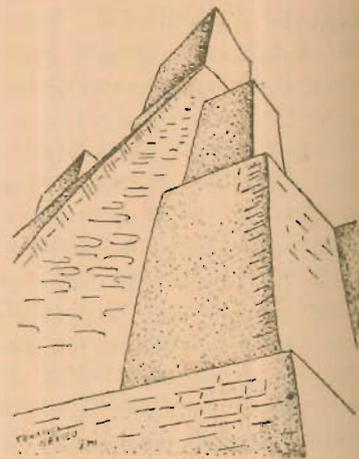
Pida informes a un Agente Solicitador del:



Instituto Nacional de Seguros

Las Cúpulas de Guanajuato

Por Raúl Roa



La selva sagrada erigida en México por los españoles es, en verdad, imponente. Es un inmenso santuario de piedra labrada. No hubo valle o serranía, por hondo o inaccesible que fueran, en que los conquistadores no edificaran una iglesia, un monasterio o una capilla. Abundan los pueblos andrajosos con catedrales espléndidas. Tejados y cruces se confunden en toda perspectiva. El campanario es un ingrediente esencial del paisaje.

La historia de la Iglesia de La Valenciana y del Convento de San Diego, en Guanajuato, es accidentada. Ambos empezaron a construirse el 22 de enero de 1663. El templo estuvo a punto de derrumbarse completamente pocos años después de haberse concluido. Se reconstruyó en 1694. Graves deterioros y peligrosos quebrantos sufriría durante la catastrófica inundación de 1780, azote periódico de la ciudad hasta la construcción del túnel del Coajín. Su costoso arreglo correría por cuenta de la munificente bolsa de don Antonio Obregón y Alcocer, opulento señor de mina y hacienda y primer conde de La Valenciana.

La iglesia de San Diego es célebre, sobre todo, por su fachada. Es un derroche de pétreos primores. Sus tallados porcelana rivalizan con las más finas y repujadas orfebrerías de Sevres, Limoges y Sajonia. El exquisito acabado de los altares armoniza con el delicado conjunto. En su interior se conservan lienzos y esculturas de subido rango estético, descollando entre éstas la del Cristo de Burgos, obsequiado por el jacobino monarca Carlos III al ennoblecido plebeyo don Antonio Obregón y Alcocer. El convento adjunto tiene amplias galerías y un tibio patio con reverberentes jardines y umbrosas enramadas. Su plácida atmósfera convida al chocolate con churros y a la siesta en hamaca.

Si la iglesia de San Diego es un refocilo para el espíritu, el monasterio de La Cata es una fiesta para los sentidos. Quizá por eso, o a causa de nuestro temperamento antillano, nos gustó más que la iglesia de San Diego. La filigrana de sus labrados —impresionante hazaña de la policromía indígena— es sencillamente maravillosa. Como en toda la América colonial, el barroco alcanza en México y,

particularmente en este monasterio, esplendores, audacias y peraltados que jamás logró en España. El mágico sentido plástico del indio llama sensualmente en los altares, en los retablos y en las imágenes. Parece que estuviéramos en una floresta de flamboyanes, o en un bosque encendido de mangos. En el santuario de la Casa se venera la imagen del Señor de Villaseca, uno de los más añosos traídos a América por los españoles y otrora santo patrón de los expoliados mineros.

Las comparaciones siempre son odiosas, pero no pudimos resistir la tentación de enzar-

zarnos en contrapunteos y paralelismos que nos llevaron tan lejos, que ni cuenta nos dimos que una bandada de harapientos chicuelos nos asediaba pidiéndonos tostones. Pordiosear es un verbo que todavía se conjuga frecuentemente en México. Pero las limosnas envueltas en conmiseraciones, o en sonrisas, sólo sirven, en definitiva, para prolongar la indigencia. La mendicidad no es una maldición ni vicio, sino la más dolorosa excrecencia de la concentración de la riqueza. Es hosca y fea. No en balde la engendran sórdidas entrañas y gulas sombrías.

De la Revista AMERICA, de la Habana, Abril-Diciembre, 1957.

CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

Para sus suscripciones,
CARMEN SEQUEIRA
Directora-Editora
Chimalpopoca 34, México D. F.

obra creadora y nos hace desconfiar mutuamente.

Pero basta por ahora de estas abstracciones filosóficas. Retornando a las obras teatrales, si existe alguna verdad

en la idea aristotélica de que la violencia se purga por su representación poética en la escena, entonces puede ser que mi ciclo de obras violentas haya tenido, después de todo, una justificación moral.

Sé que lo he sentido. He sentido siempre un alivio de la conciencia de vaciedad y muerte cuando en una obra con intención trágica me parece haber logrado esa intención, aun cuando sólo haya

sido casi aproximadamente.

Diría que existe algo mucho más grande en la vida y la muerte de lo que hemos sabido de ello (o testimonio adecuadamente) en nuestra vida y nuestra obra.

La Noche

(Esbozo para Argumento de Ballet)

a MARGARITA BERTHEAU.

Por ARTURO ECHEVERRIA LORIA

1

La Noche, con lentos pasos perdidos,
con sus piedras dormidas, insensibles,
descansando en su musgo verduoso,
convertidas en duras esculturas.
La noche, despierta, desnuda,
sale de las estrellas
innunda como un río de lentas aguas
los caminos, las sombras, los fantasmas.
Todos los fantasmas, los espectros de formas,
los humanos cuerpos, sensibles al amor,
a las duras caídas en la esperanza,
a los violentos golpes de las desesperanzas,
todo en un nocturno silencio de abandono.

2

Como acechantes estrellas, con gestos
de hojas, de plantas desconocidas,
con reminiscencias de árboles y formas peregrinas,
caminamos, entre temores, a la muerte;
muerte en el amor,
muerte en el vicio,
muerte en la soledad abismal de los recuerdos,

donde no alcanza la voz humana,
ni el gesto ni la esperanza.
Muerte en la muerte de las hojas caídas,
en el impenetrable misterio de la onda,
en la lluvia sobre la tierra árida,
en la sed sin agua.

3

Siempre en la noche, entre las densas formas de lo oscuro,
el amanecer dentro del alma, el revenar,
los aletasos de la luz, el sueño, la vigilia,
El amor, la duda y la esperanza,
en un haz doloroso de nervios y raíces,
en una antorcha de ecos vibrantes,
de luces y neblina.
Luego, surgiendo de la tierra, con luz y luna
entre las manos, la desnuda belleza,
la amada con los senos florecidos,
la espiga en el viento que señala el camino.

4

Amanece entre la luz y el alba,
vuelve lo humano a ser como la espiga;
sus pasos a perderse,
se esconden las pasiones,
y con las estrellas que se fugan,
en las grietas abiertas de la herida.
Pensativas estatuas, duras esculturas,
se cubren de mantos que simulan el día
hojas impasibles en el viento,
hojas, casi raíces en la tierra.

Apróximación a Reiner María Rilke

Por José Umaña Bernal

"Rilke no es sólo un escritor. Es una atmósfera y un clima espiritual; el clima, y la atmósfera rilkeanos".

Toda interpretación de Rilke es una aproximación. Rilke es el rechazo de lo accesible; la negación del contacto inmediato. Es cerrado, hermético e

inabordable. Enseñó siempre la necesidad de lo difícil: en pintura, en música, en poesía. Escribió para los "happy few", y fue personal e insular, en su vida y en su obra. Un auténtico fin de raza, espiritual y genealógica, que escribió para las minorías e hizo de la oscuridad su clima cotidiano. Es un escritor de puertas cerradas y de espesas cortinas. Su

ambiente es un salón de fin de siglo, con espejos, y piano de ébano, lienzos de Cezanne, figuras de Augusto Rodin y libros de Baudelaire y de Mallarmé. Fue, esencialmente, inactual y solitario. Y, sin embargo, el más grande de los poetas de su época.

Cuando yo llegué a Portugal, en 1943, no era mucho lo

que conocía de la obra de Reiner María Rilke. "Los Cuadernos de Malte Laurids Brigge", las "Cartas a una poeta joven" y algunos poemas del "Libro de Horas". Lo indispensable para conocer a Rilke como escritor en prosa y tener una vaga impresión de su poesía. Yo encontré a Rilke en Portugal. Lo leí en Lisboa. Y comencé a traducirlo en Estoril. Estos detalles son interesantes, porque la imagen que yo tengo de Rilke es, todavía personal e impresionista.

Rilke no es solo un escritor. Es una atmósfera, y un clima, espiritual; el clima y la atmósfera rilkeanos. El fin de la guerra en Portugal era, un poco, el mundo de Rilke. La escena cosmopolita, la época decadente, la inteligencia desencantada y "blasé", y cierto aire de Rilke. Europa estaba refugiada en Portugal. Y en los castillos de

(Pasa a la Pág. 16)

Poemas

de Alfonso Ulloa Zamora

1

Perdido entre la niebla y mi pereza,
con un recién sabor de labios en mis labios,
camino por la orilla de la noche.
Extranjero en mi lar, lejos del mundo
pueril y envanecido, que ahora sueña.

Qué lejos y difusos me resultan
los contornos de piano y armonías.
Qué huida de la gracia me doblega.
Qué perspectiva sin sabor a claro.
Qué inalcanzable lo sutil y hermoso.

Y qué cerca el mañana...
El terrible mañana lleno de buenas gentes
orgullosas de sus aristas grises.
El terrible mañana abundante en cuchillos,
en palabras sin luz y ramos de veneno.

Y nada se conmueve.
Ni se hunde una estrella.
Ni se incendian los árboles.
Ni se manchan las horas.

¿Qué hacer?
La niebla y mi pereza son más grises
que el implacable gris ancho del mundo.
Pero el reloj da vueltas y más vueltas,
circulando a la angustia con el ruido.

Qué hacer cuando la sangre nos empuja
sin comprender su cauce sin auroras.
Qué hacer con la palabra y las palabras,
cuando uno ya no quiere ni ser uno.

2

A veces me he asomado al paraíso,
donde corre la miel y la vida es perfecta.
Con estrellas posibles, a pesar de lejanas.
Con olas de hermosura para toda mejilla.

Rauda visión abierta ante mis ojos
de acosado febril en un mundo sin norte.
Agua de fresco verde en la piel de los árboles,
en el aire en columnas y en la serpiente río.

No han sido instantes áureos en medio de mi ruta,
ni ramalazos ebrios de juventud añorada,

sino logros apenas, como escorzos de flores.
Ciegos intentos claros con destino finito.
Ah realidad inasible por ser destello y ala,
espuma solamente sin engarces de arena,
si alcanzaras rozar a mi perfil cruzado
entre la pena larga y esta noche sin puertas...

Si volviera tu magia de sorpresa y recuerdo,
tu intensa y diminuta circunstancia tan pura,
lo limpio y delicado de tu norma me diera
una clave de sueño para esperar la muerte.

3

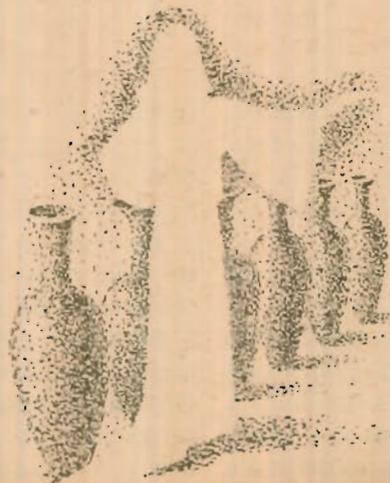
Como un quebrado sueño de mi mismo,
amarrado a mis años voy ahora.
El rumor de mis huesos y palabras,
es una fuga de ecos en el aire.

Vertientes de silencios como estatuas,
amellaron las ansias que tenía,
mi original ternura emocionada,
mi gusto por estrellas y por árboles.

Vibran aún presencias de caminos,
sospechas de preguntas y de cantos.
Pero voy ya muy tarde y muy lejano,
sobre el mar sin orillas de mi alma.

No habrá ocasión de puertos en mi ruta,
con bahías en argento frutecidas.
Ni fondo de reposo para el beso
descendido y cansado de mis anclas.

No habrá ocasión de mano en lejanía,
signando con amor mi incertidumbre.
Perdido entre la rosa de los vientos,
seré sólo distancia en la distancia.



Cuatro Poemas de Fernando Luján

A doña Graciela Morales de Echeverría

ANGELES FUGACES

No sabéis quiénes son, escuchadme:
yo presiento su andar en el aire,
el ruido de sus pies, sus aleteantes
movimientos cautelosos,
su aquí no viene nadie.

No dejan huellas, no
traspasan los umbrales
y apenas si la luz, como una palma tibia,
los niega y los invade.

Pero ellos son, lo saben
miedosos, entreabiertos,
los ojos de la sombra que se asombran
al más leve rumor de los constantes
pálpitos del aire.

Ellos son los veloces,
los cambiantes, azules, los ágiles
aquí uno, aquí dos, aquí tres,
aquí nadie.

¡Qué oído tan fino!
¡Qué cuerpos fugaces!
¡Qué sandalias de plumas de pájaro!

¡Ah, los inviolables!

ELLOS

Ellos son los que saben
ser invisibles o visibles, pero
como niños ocultos tras las hojas,
borrosos sus gestos y sus ojos,
a la luz crepuscular son un señuelo.
¡Ah, y cuán hermosos
se ven lucir sus rostros, como pétalos
prendidos en las ramas del ciruelo!

ESPIRITU DEL AGUA

desde el fondo del agua
¡Ojiazul,
me miras tû!
Si alguna hoja cae,
¡qué círculos hermosos
sobre tu rostro se abren!
Verde y oro
diluyen cielo y árboles.

Tu elemento es el agua:
¡te ahogarías en el aire!
Cara de ángel:
¡qué frío estará tu rostro
en el estanque!

RAPAZUELOS

No sabría decir si sois
visibles o invisibles. Hoy
he visto temblar a los rosales
extrañamente y no
con el temblor con que los mueve el aire
o la lluvia con sol.

¡Seréis vosotros
que ociosamente de nuevo por allí
andáis como los niños, indagando
el por qué, el cuándo, dónde y cómo?
¡Oh espíritus fugaces,
criaturas invisibles rapazuelos,
sois como los ángeles!

LA POESIA ETERNA

Nocturno

A MARIANO DE CAVIA

Los que auscultasteis el corazón de la noche,
los que por el insomnio tenaz habéis oído
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche
lejano, un eco vago, un ligero ruido...

En los instantes del silencio misterioso,
cuando surgen de su pasión los olvidados,
en la hora de los muertos, en la hora del reposo,
sabréis leer estos versos de amargor impregnados!...

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,
y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
la pérdida del reino que estaba para mí,
el pensar que un instante pude no haber nacido,
y el sueño que es mi vida desde que yo nací!

(Viene de la Pág. 13)

Estoril se escondía una humanidad desgarrada. Hombres y mujeres asediados, príncipes sin corte y fugitivos políticos. Y la fauna extraordinaria de los aventureros y de los artistas que no podían vivir ya en París, o en Venecia, o en Munich. Portugal era el compendio angustiado de un mundo en ruinas. Europa, en fuga, perseguida por los escuadrones de bárbaros, acampaba frente al Atlántico. En la punta de Europa, ante el mar de erizadas barbas de vino; en el límite de la tierra. **Finis terrae.**

En ese Portugal de la postguerra me encontré a Rainer María Rilke. Una amistad literaria de la madurez. No como la de Stendhal, que fue el deslumbramiento maravilloso de la juventud. Ni la de Montherlant y Malraux, contemporáneos de la angustia. Rilke llegaba cuando apenas había ya sol en las bardas.

En el otoño de 1944 buscábamos una casa en Estoril. Y un día encontré la "Casa Dos Montes". (El nombre exacto no importa). En lo más alto del Alto Estoril. Casi en la cumbre de la sierra que va hacia Sintra, y que, por Estoril, baja hasta el mar. Era una angustia residencia en el viejo estilo portugués. Sus dueños habían emigrado a Estados Unidos. Entre ellos y Lisboa se interponía un drama romántico, en el más puro estilo de las novelas de Eca de Queiroz.

Una casa de fin de siglo, con un alto y espeso bosque de pinos, largas galerías de retratos y una extraña colección de relojes e instrumentos de música. Y la biblioteca; y en la biblioteca, Rilke. Auténticas fotografías suyas en los muros. Algunas con su firma original al pie de misteriosas dedicatorias en alemán. El paisaje escarpado del castillo del Duino. En una extraña tela antigua, bordado en letra gótica, el epitafio que Rilke escribió para su sepulcro:

"Rosa,
oh pura contradicción,
voluptuosidad de no ser
el sueño de nadie
bajo tantas miradas".

Y libros. Todos los libros de Rilke. Y sobre Rilke. En alemán, en francés, en inglés. Y el ambiente rilkeano. La atmósfera de Rilke. La imprevisible, desde cuando penetré a la estancia, de que Rilke está allí. O que llegaba muy cerca y que todo anunciaba su regreso. El diván, con la huella de su cuerpo, y el piano, entre la sombra, que esperaba la presión de sus manos.

Durante más de dos años habitamos esa casa y supe algo de su historia. La dueña, exiliada en América, fue una de las fieles amigas de Rilke. Y en las últimas biografías del poeta figura con un nombre convencional. En esa estancia estaba, viva y vigilante, una página de su vida.

Recuerdo el invierno de ese año en la lectura de Rilke. El descubrimiento de un mundo misterioso; el universo alucinante de sus libros. Las raudas noches y las madrugadas de hielo, en el embrujo de su lectura. Y hasta el aprendizaje de un alemán incipiente para penetrar en su poesía, cerrada y hermética, casi insensible. Había sobre la mesa de trabajo una fotografía, en su marco de oro viejo: Rilke, vestido como un gran burgués europeo, frente al Arco del Triunfo. Y a su lado una extraña mujer, el puro tipo rilkeano, esa rara especie animal y secreta: La dueña y señora de la "Casa Dos Montes", me dijo alguien.

Comencé después a traducir a Rilke. O, mejor, a hacer algunas versiones al español

de sus poemas. Primero del francés, después del inglés, y más tarde —tarea casi imposible— del alemán. Y así, durante dos años, hasta traducir más de cien poemas. Un libro, "aproximación a Rainer María Rilke, que conservo inédito, y que acaso no se publique nunca. Hace cuatro años escribió para esa obra un prólogo don Baldomero Sanín Cano. Lo conservo manuscrito y fue, quizá, una de las últimas páginas en que el maestro quiso hacer acto de presencia en la vida literaria.

Rilke es un poeta intraducible. Y casi inexplicable. Su poesía no tiene interpretación inmediata. Y hay que reservarla siempre para una instancia superior. Colocarla en plano del éxtasis y darle una interpretación íntima, personal e intransferible. Cada uno tiene su propio Rilke. Y por eso su obra logra la dimensión universal, en el tiempo y en el espacio. Porque no es una manera, o un estilo, o un tono poético; sino algo más. Es, sencillamente, la poesía; total, eterna e inevitable. Muy cerca, en la propia frontera de la filosofía. Donde, como dijo Unamuno, "la poesía se acuesta más a la filosofía". Por eso la oscuridad innegable de Rilke. La niebla metafísica en que está envuelta su obra.

Su lectura es ya un duro ejercicio de la inteligencia. Es como penetrar en un cerrado laberinto de palabras. Y no basta alcanzar la versión literal. Hay que desatar después esa cifra enigmática; el misterio en que Rilke ocultó, yo

creo que deliberadamente, su revelación poética. De así que en ningún idioma coincida la versión de sus poemas. Que no sea el mismo Rilke el de Maurice Betz, o Angelloz, en francés; ni el de Stephen Spender, o Jessie Lemont, en inglés; ni el de Ludwig Lewisohn o Herter Norton, en saxoamericano; ni en italiano el de Vincenzo Errante. Y que todas las versiones de Rilke sean disímiles, opuestas, arbitrarias y contradictorias.

Hay que manejar la lectura de Rilke como un problema espiritual. Y reflexionar, antes de aventurarse en esa atmósfera enigmática. Es un bosque profundo, la selva negra de la poesía, donde hay hallazgos mortales. Y aguas que envenenan con sólo mirarlas. Y una flora monstruosa, que alucina y embriaga. En ella vuelan, con pausado rumor, las cohortes angélicas. Pero el arcángel maldito canta también con su voz de luto.

No negó nunca Rilke la fuerza indescifrable de su poesía. Ni lo que hay en ella de tinieblas. Ni su sentido trágico. Sólo que él disolvía esos contrarios en una crispada serenidad. Hasta llegar al fruto maduro de la propia muerte, oculto en el árbol de la vida. "No quiero la muerte de los médicos", dijo en la terrible madrugada de Muzot, cuando el dolor lo tenía en sus garras. Quiso su propia muerte, su muerte personal, la muerte en el tormento, y la soledad, incompartible. Pero hasta en la propia explicación de su poesía Rilke es, necesariamente, oscuro. No hay forma de desgarrar esa tiniebla y penetrar en la noche.

Hay que aislar, como un alcaide, nuestro propio Rilke. Buscarlo en su vida y en sus libros. Y rescatarlo, hasta donde sea posible, de la oscuridad. "Vivió en el mundo intermedio que separa los contemporáneos de los muertos, que son ya, en cierto modo, eternos", escribió Edmond Jaloux, quizá el más claro, y más próximo, de sus intérpretes, y que vivió muchos años en su intimidad. Y así está situada la poesía de Rilke: más allá de la vida y un poco más

JOAQUIN GARCIA MONGE

Tres Novelas

EL MOTO. HIJAS DEL CAMPO.
ABNEGACION.

**En venta: Librerías Lehmann,
Trejos, Palacio del Libro.**

La Abuela Indigna

Por Bertold Brecht

Traducido por Cecilia Laverde G.

Cuando mi abuelo murió, mi abuela tenía setenta y dos años. Mi abuelo poseía en un poblado del sur del país, un pequeño taller de tipografía. Allí junto con dos o tres empleados, trabajó hasta el día de su muerte. Mi abuela no tenía sirvientes; hacía los quehaceres de la casa, cuidaba la grande y vieja casa desvencijada, y cocinaba para los hombres y los niños.

Era una mujer pequeña y delgada, de vivaces ojos de lagartija, pero de lento hablar. Con escasos medios de fortuna, había criado cinco de los siete niños que trajo al mundo. Y esto, junto con los años, la había tornado toda apergamina.

acá de la muerte. En un mundo intermedio. Por eso es tan difícil llegar hasta ella. Y tan angustioso, y acaso inútil, esfuerzo, su versión al español.

Y aquí viene la experiencia personal. La peripecia del traductor frente a la obra de Rilke. Hay que vivir, primero, la atmósfera rilkeana. El mundo exterior, el escenario donde actúa el personaje. El ambiente para el hombre Rilke. La composición de lugar para los ejercicios espirituales, según el método de Rainer María Rilke. Convivir con él a través de sus contemporáneos. Por eso la casa de Estoril, que parecía abandonada por Rilke, fue, para mí, tan propicia y tan necesaria, en la aproximación al poeta. Era un instante

De los cinco niños, las dos hijas, al crecer, partieron para América y dos de los hijos hicieron lo mismo. Solo el menor, muy delicado de salud, permaneció en el pueblo. Luego se hizo impresor y se permitió una familia quizás demasiado grande.

A la muerte de mi abuelo, la abuela quedó, pues, sola en la casa.

Los hijos se escribieron entonces para decidir sobre lo que habría que hacer con ella. Uno de ellos podía ofrecerle un hogar en su casa, y el impresor quería instalarse en la casona con su familia. Pero la anciana se mostró refractaria a las proposiciones, y solo quiso aceptar un pequeño auxilio de los que estaban en

de su vida, prolongado por unas finas manos de mujer, a través de la distancia y del tiempo. Y los retratos y las dedicatorias de sus libros, y la impresión de su presencia invisible, explicaban muchas cosas. Y fueron la mejor preparación para entrar en el mundo deslumbrado de su poesía.

Pero el secreto poético de Rilke no se entrega nunca. Su poesía es una amante difícil. Y desconcertante. Cada lectura despierta nuevas resonancias. Y cada descubrimiento nuevas músicas. Cuando creemos encontrar el misterio, llegan otras sombras y se ciernen astros distintos. Con Rilke estamos siempre en la noche. Una noche en que escuchamos y, más que vemos, presentimos,

condiciones de proporcionárselo. Hacía ya tiempo que el taller de tipografía no producía casi nada, y tenía todavía deudas a su cargo.

Los hijos le hicieron saber a la abuela que de ninguna manera permitirían que viviera sola. Pero como ella se mantuviera firme, acabaron por ceder y le enviaron cada mes un poco de dinero. Después de todo, pensaban, el impresor seguía en el pueblo.

Y en efecto. El impresor se encargó de proporcionar, de vez en cuando, noticias de su madre a sus hermanas y hermanos. Sus cartas a mi padre y lo que éste pudo ver por sí mismo, durante una visita, y después del entierro de mi abuelita, me permite recons-

siempre distantes, las vocas y las luces del alba. Es la vigilia en la espera del día absoluto. Que para Rilke llegó. Pero que hay que confesarlo, no logra transmitirnos totalmente en su poesía. Su muerte y su serenidad fueron también intransferibles.

No se entrega su poesía sin un largo combate. No escribe sus poemas "como pensador que razona, sino como poeta que siente; procede por intuiciones, por visiones, por relámpagos". Y no es posible interpretarlo sino por la intuición y el descubrimiento. Y eso es lo insólito, lo inesperado, la sorpresa, el milagro de Rilke: su dominio universal, tan vasto y sostenido. Que después de su muerte el mun-

truir lo que sucedió en esos dos años.

Parece que el impresor, desde un principio, se sintió defraudado: mi abuela rehusó admitirlo en la casa, con sitio de sobra y ahora vacía. El se acomodaba, por su parte, en tres piezas con su mujer y sus cuatro hijos. Por lo demás, la anciana mantenía con él relaciones muy poco frecuentes. Invitaba a merendar a los pequeños los domingos por la tarde. Y, en el fondo, eso era todo.

Iba a invitar a su hijo una o dos veces cada tres meses, y ayudaba a su nuera a hacer mermelada. De algunas de sus frases la joven dedujo que se sentía incómoda en la estrecha habitación del impresor. Al relatárselo, éste no pudo contener un gesto de sorpresa. Como mi padre le preguntara, en una carta, lo que hacía la anciana, él respondió lacónicamente que iba al cine.

Hay que admitir que esto, por lo menos a los ojos de los hijos, no podía ser un hecho ordinario. Hace treinta años, el cine no era aún lo que es hoy. Se proyectaba en locales miserables, mal aireados, a menudo instalados en salones de billar, con afiches chillones a la entrada que anunciaban asesinatos y crímenes pasionales. Los clientes eran, en su mayoría, colegiales o pare-

do sintiera "la nostalgia de Rilke". Y el culto de su obra y el recuerdo de su vida, sean hoy una especie de rito cosmopolita: la externa fraternidad de los amigos de Rainer María Rilke. Algo como el rosacruzismo, o las sectas teosóficas, o las ligas de temperancia.

Rilke es una preocupación internacional, un sitio de cita espiritual, un signo y un santo y seña de amistad entre sus lectores. Es éste un fenómeno lírico, de imperialismo poético, literario, un caso de invasión que la crítica no descifra todavía.

(De EL TIEMPO de Bogotá)

jas de enamorados que buscaban la oscuridad. Una anciana sola y singular debía, con toda seguridad, llamar la atención.

Y también bajo otro aspecto daba qué pensar esta asistencia al cine. La entrada no costaba ciertamente gran cosa, pero como las diversiones se catalogaban más o menos como fruslerías, aquello significaba "dinero despilfarrado". Y despilfarrar el dinero no era cosa respetable.

A todo esto se agregaba otro hecho: mi abuela no solo no sostenía relaciones con el hijo que habitaba en el mismo pueblo, sino que tampoco había vuelto a frecuentar ninguna de sus antiguas amistades. No asistía jamás a las meriendas del pueblo. Y, por si fuera poco, visitaba asiduamente el tenducho del remendón, situado en una callejuela pobre y de mala reputación, por donde deambulaba, sobre todo en la tarde, un montón de existencias nada recomendables, en particular criadas y obreros sin trabajo. El remendón era un hombre de edad indefinible, que había rodado por todo el mundo sin salir jamás del paso. Se decía, además, que era un bebedor consuetudinario. En todo caso, no era, ni considerándolo con la mejor buena voluntad, una amistad conveniente para mi abuela.

En una carta, el impresor dio a entender que al hacer esta observación a su madre, ésta le había respondido secamente: "El ha visto cosas". Y ahí había quedado la conversación. No era fácil hacer hablar a mi abuela de asuntos que no quería tratar.

Alrededor de seis meses después de la muerte del abuelo, el impresor notificó a mi padre que por aquel entonces la abuela iba a comer todos los días a la posada.

Esto ya era el colmo.

La abuela, que durante toda su vida había cocinado para un montón de gente, sin dejar para sí más que las sobras, ¡comiendo en la posada! ¿Qué significaba aquello?

Poco tiempo después, un viaje de negocios llevó a mi padre cerca del pueblo donde vivía la abuela y acudió a visitarla.

La encontró a punto de salir. Luego de mirarlo un momento, tiró el sombrero sobre una silla y fue a traerle vino tinto y galletas. Parecía de humor sereno, ni muy expansiva ni tampoco lacónica. Preguntó por nosotros, si bien es cierto que sin interesarse demasiado, y quiso saber, sobre todo, si teníamos cerezas. Era, pues, la misma de siempre. La habitación estaba meticulosamente limpia y la abuela parecía de buena salud.

Lo único que dejó entrever su nueva vida fue este detalle: no quiso acompañar a mi padre al cementerio, a visitar la tumba de su marido: "Puedes ir solo", dijo, sin darle importancia. Y luego agregó en el mismo tono: "Es la tercera de la izquierda, en la undécima fila. Yo tengo algo que hacer".

Hablando después con mi padre, el impresor calculó que tal vez habría ido a ver al remendón. Y enseguida prorrumpió en quejas: "Yo me ahogo en este cubil con los míos; no tengo más que cinco horas de trabajo mal pagadas; de nuevo me vuelven los dolores; siento que mis males regresan, ¡y la casa de La Gran Vía continúa desocupada!".

Mi padre había alquilado un cuarto en la posada, descontando que, al menos por cubrir las apariencias, su madre lo invitaría a alojarse en la casa; pero ella no tocó el tema. ¡Y pensar que antes, aun cuando la casa estuviera llena, le ofuscaba que no fuera a alojarse con ellos, y que gastara dinero en el hotel!

Pero parecía que al declinar su vida, había decidido terminar con la vida de familia y tener ambiciones nuevas. Mi padre, que poseía cierta dosis de humor, la encontró "locuela, como una chica de quince años", y pidió a mi tío dejarla hacer su gusto.

Pero, ¿qué era lo que ella quería?

El próximo incidente que nos contó el tío, fue éste: un día cualquiera de la semana, un jueves más precisamente, alquiló una carreta y se fue de excursión. La tal carreta era un enorme carruaje, con sitio para varias familias. Las raras veces que nosotros, la chiquillería, íbamos de visita, mi padre solía alquilarla. Pero, con un gesto desdeñoso, la abuela siempre había rehusado acompañarnos.

Y luego de la carreta fue el viaje a K., una ciudad bastante grande, a dos horas en ferrocarril. Había carreras ese día, y a las carreras fue mi abuela.

A estas alturas, el impresor estaba completamente alarmado. Quería que se consultara a un médico. Al leer su carta, mi padre movió dubitativamente la cabeza, pero no quiso saber nada de doctores.

Mi abuela no había ido sola a K. Según la carta del impresor, había cargado con una

muchacha medio idiota, ayudante de cocina en la posada en donde la anciana comía habitualmente.

A partir de este momento, este "aborto", como la llamaba el tío, entró a desempeñar un papel.

Mi abuela parecía haberse encaprichado con ella. La llevaba al cine y a donde el remendón, quien se había revelado como social-domócrata. Y corría el rumor de que las dos mujeres jugaban a las cartas en la cocina y acompañaban el juego con algunos vasos de vino.

"Acaba de comprarle al aborto un sombrero adornado con rosas", escribía el impresor, desesperado. "¡Y nuestra Ana sin vestido para su primera comunión!".

Las cartas de mi tío se hicieron completamente histéricas, no hablando más que de la "indigna conducta de nuestra querida madre", aunque sin suministrar detalles más precisos. Por mi padre conocí el resto.



CUANDO ORDENE UN
VIDRIO O CRISTAL
FIJESE QUE SEA
DE DONDE **CEBI**

Cía. Espejos Biselados Ltda.

Alegato por la Belleza

Por Edmund W. Sinnott

¿Qué es la belleza para que así la valoremos? En una lucha por la supervivencia ¿qué ventaja selectiva puede ofrecer amarla? En la larga brega del hombre por elevarse, la persecución de la belleza ha sido a veces un verdadero impedimento, pues los brutales salvajes han vencido con harta frecuencia a hombres de mayor cultura y mayor sensibilidad estética. No cabe achacar nuestro amor a la belleza al rígido toma y daca de la selección evolutiva. Es una cualidad peculiarmente humana. Las bestias no poseen sino sus rudimentos. De hecho, hasta que nuestros primitivos antepasados no comenzaron a decorar sus cuerpos y las obras de sus manos con ador-

nos que consideraban hermosos, no pudo decirse que al fin se hubieran convertido en hombres.

La belleza llama a algo que llevamos muy dentro. Nuestra pasión por ella se *siente* como si fuera una cosa ingénita en nuestro corazón, nacida allí y no adquirida por su utilidad exclusivamente. "La belleza es su propia razón de ser". ¿Por qué nos conmueven tanto las armonías de una sinfonía de Beethoven o un coral salemne o una simple canción de Stephen Foster? ¿Por qué acudimos en tropel a admirar las maravillas de Rembrandt que guarda la National Gallery? ¿De dónde procede el éxtasis que nos invade al

contemplar una hermosa puesta de sol o el panorama de una cadena de montañas cubiertas de nieve, extendiéndose ante nuestros ojos? ¿Por qué nos exalta de tal modo la sublime hermosura del Mont Saint Michel? ¿Por qué, generación tras generación, los hombres vuelven a Shakespeare o a Milton o a recrearse en el atronador oleaje de estrofas de la Odisea? ¿Qué hay en todo esto, fuera de su inherente encanto, para someter así nuestros corazones? Tan hambrientos estamos de este alimento espiritual como del alimento del cuerpo. El sentimiento de la belleza es indescriptible e incommensurable. Sólo puede ser *experimentado* pero lleva en sí

mismo su propia justicia y autoridad. "Hay un lado en nuestra personalidad —dice Eddington— que nos impele a pararnos en la belleza y en otras manifestaciones estéticas de la Naturaleza y de la obra del hombre, de tal modo que el ambiente que nos rodea significa para nosotros muchas cosas que no figuran en el catálogo científico de su estructura. Un sentimiento irresistible al propósito de nuestra existencia... No sostenemos que constituya un mérito ver la belleza en un paisaje natural. Aceptamos con gratitud el hecho de estar dotados para apreciarla".

Cabría objetar que la belleza no representa gran cosa, puesto que no existen normas absolutas para juzgarla y nuestras opiniones a su respecto varían con el tiempo y las circunstancias. Lo que el gusto victoriano admiraba suele parecernos ahora detestable, y sin duda nuestros descendientes sonreirán ante las cosas que hoy nos agradan. Las modas relativas a la belleza, como al indumento femenino, varían constantemente, e incluso los peritos en la materia disienten violentamente. Mayores aún son las discrepancias impuestas por la cultura y la geografía, pues lo que Africa y el Oriente estiman bello es muchas veces inadecuado a nuestros gustos

Cuando estuvo en el pueblo, el posadero le había susurrado guiñándole el ojo: "Por lo que se sabe, la señora B. lo pasa ahora bastante bien".

En realidad, durante estos últimos años, mi abuela no llevó una vida suntuosa, ni mucho menos. Cuando no comía en la posada, no tomaba más que un bocado, un poco de café y sus galletas favoritas. Pero, eso sí, no escatimaba el vino tinto: bebía un vasito con todas las comidas. Tenía la casa muy limpia, y no únicamente el dormitorio y la cocina, que eran los sitios que ocupaba. Sin embargo, había hipotecado el inmueble a escondidas de sus hijos. Nunca se supo lo que había hecho con ese dinero. Por lo que parece, se lo dio al remendón. Cuando ella murió, aquél fue

a establecerse en otra ciudad, en donde había abierto un gran negocio de calzado sobremedidas.

Analizando el asunto, veo que la abuela vivió sucesivamente dos vidas diferentes. La primera como hija, esposa y madre, y la segunda simplemente como la señora B., una persona sola, sin obligaciones y de recursos modestos pero suficientes. La primera vida duró aproximadamente setenta años. La segunda, solamente dos.

Mi padre supo que durante los últimos meses se permitía libertades que las gentes normales no conocen. Podía levantarse en verano a las tres de la mañana y pasearse por las calles desiertas del poblado, que eran entonces para

ella sola. Y cuando el pastor vino a visitarla y a brindar compañía en su soledad a la anciana señora, ¡lo había invitado al cine!

De ninguna manera era una solitaria. Por lo que se sabe, al tenducho del remendón acudían montones de gentes alegres, y se dedicaban a relatar cuentos e historias. Ella tenía siempre su cuartillo de vino tinto, y se bebía un vasito mientras los demás contaban y se mofaban de las dignas autoridades de la ciudad. El vino tinto estaba reservado para ella, pero de vez en cuando invitaba a los presentes con bebidas más fuertes.

Murió bruscamente, una tarde de otoño, en su dormitorio, pero no en la cama, si-

no en la silla de madera, cerca de la ventana. Había invitado al "aborto" a ir al cine esa tarde, y por eso la muchacha se encontraba cerca de ella en ese momento. Tenía setenta y cuatro años.

Conozco una fotografía suya, hecha para sus hijos, que la muestra en su lecho de muerte.

Se ve un rostro mesurado, con muchas arrugas, de labios delgados, pero de boca grande. Son sus rasgos pequeños pero no mezquinos. Había saboreado plenamente tanto los largos años de servidumbre como los breves de libertad, y consumido el pan de la vida hasta la última mijaga.

(De EL TIEMPO de Bogotá)

occidentales. ¿Cómo puede ser la belleza otra cosa que un capricho pasajero —cabría preguntar— si hasta una misma persona cambia de opinión respecto a ella?

Admitamos francamente que la belleza, como la verdad, es de muchas clases y se puede buscar en muchos lugares. No debe esperarse aquí la unanimidad, ni hemos de empeñarnos en imponerla. El tipo de belleza que nos llegue al alma dependerá, en parte, de las efectivas diferencias existentes en lo que oímos y vemos, en la condición innata de nuestros órganos sensorios. Hay hombres que no aprenden nunca a apreciar la música y otros a los que apenas conmueven las obras de arte. Con mayor frecuencia, nuestra estimación de lo bello es el resultado del ambiente y la educación, de lo que hemos **aprendido** a disfrutar. Este gusto puede cultivarse. Para una persona con disposición natural para la música, generalmente el **be-bop** pierde su atractivo escuchando con atención a Beethoven. En literatura, el conocimiento de los clásicos es el mejor camino para curar la afición a las tiras cómicas. El hombre que aprende a conocer los grandes maestros de la pintura no se conforma ya con un mero arte de almanaque. Cultivándolos y estando en buena compañía estética, los gustos —cualquiera sea su campo— pueden elevarse, cosa que realmente debemos agradecer aunque varíe de persona a persona, de año a año y de continente a continente, el criterio estético de la humanidad va **tendiéndose** poco a poco a separar la belleza de la fealdad y lo más bello de lo menos bello. Sea cual fuere su índole, la **belleza** es el tesoro que valoramos; un dechado de cualidades que armonizan con nuestro espíritu, algo que vibra en la misma longitud de onda que la sustancia vital de que estamos formados.

A mi entender, estas ansias de belleza que brotan de la médula misma de la vida demuestran que en la naturaleza existe algo que puede darles satisfacción, así como el hambre demuestra la existen-

cia de la comida. El argumento de que la belleza es pasajera e intrascendente no tiene fuerza persuasiva para nadie cuyo espíritu se haya sentido alguna vez arrebatado por la hermosura. La belleza es real y podemos encontrarla. "En la apreciación de la música y la pintura —dice C. E. M. Joad— obtenemos una visión momentánea y fugaz del carácter de esa realidad hacia cuyo pleno conocimiento se endereza el movimiento de la vida. . . Estamos en aquel momento **allí**, si se me permite la expresión, como el viajero que, al atravesar una colina divisiva, en lontananza, un paisaje hermoso y se detiene un instante para gozar del espectáculo". Santayana, que fue sensible a los valores estéticos, como pocas personas, decía: "La belleza es una prenda de la conformidad visible entre el alma y la naturaleza y, por consiguiente, una base para la fe en la supremacía del bien".

Exaltadas manifestaciones del finalismo biológico como estos anhelos de belleza, nos dicen algo reconfortante respecto a nosotros mismos y al universo: respecto a nosotros, que ingénitas en la materia viva de que estamos compuestos hay algunas metas espirituales acreedoras a nuestro acatamiento; y respecto al universo, que es el lugar donde pueden buscarse tales metas con esperanza de encontrarlas.

Para quien considera este alegato en pro de la realidad e importancia de la belleza demasiado turbio y místico para una mente vigorosa, volvamos al punto de partida de nuestra argumentación, a la cualidad organizadora, intencional, creativa, latente en todo lo que vive, porque es un hecho digno de atención el que descubramos belleza en el fondo mismo de la vida. Una planta o animal atrae hacia sí la materia errante y difusa del mundo exterior y la convierte en el viviente patrón organizado de su cuerpo. Y ahí, en forma que supera a nuestra comprensión, se la dota de esa cualidad autorreguladora e intencional a que tantas veces se ha referido este libro. Pero igualmente nota-

ble, creo yo, es el hecho de que estas estructuras orgánicas, estas cáscaras materiales que la sustancia vital ha fabricado para albergarse, sean de tal carácter y condición que casi invariablemente el hombre las ha encontrado bellas. Algunas de las cosas más hermosas que conocemos son obra de esta inconsciente artesanía de la vida. Los lirios del campo superan los esplendores del rey Salomón, y no hay nada en la Tierra que vivifique más el espíritu del hombre que las flores. ¿Cuál de las cosas creadas es más preciosa que los pájaros. . . salvo las mariposas? Reunir conchitas del mar, en sus infinitas formas y matices, constituye un placer. Los árboles elevan los ojos y el corazón. A cualquier sitio que dirijamos la vista, tropezamos con esta belleza del color y la forma de la vida. Repasar las páginas de un libro como el magnífico **Kunstformen der natur**, de Haeckel, es sentirse anodado por la variedad y riqueza de las formas orgánicas.

Estas bellezas varían en grado, claro está, desde las obras maestras de la morfogénesis hasta formas menos atractivas, pero la naturaleza nos defrauda pocas veces y no deja de fabricar ejemplares agradables. No sólo es evidente la belleza en el plano de lo perceptible a simple vista, pues el microscopio revela tan exquisita delicadeza en la textura de todo, desde el modelado de la cáscara de una diatomea hasta el filamento en la superficie de una hoja, que nos quedamos asombrados ante la habilidad protoplásmica que los ha elaborado. La belleza de esta clase no proviene, sin duda, de la competencia o ventaja selectiva, ni cambia con el tiempo y las circunstancias. La tendencia a crearla es una condición de la vida, implantada en todo protoplasma. Podría decirse, a mi juicio, que la vida se manifiesta en la belleza, como se manifiesta en el metabolismo, en la autorregulación o en cualquier otro rasgo biológico.

No es, pues, de extrañar que admiremos esta hermosura viviente, puesto que es con-

sustancial con nosotros. Procedemos de esa misma estirpe protoplásmica que la engendra. Pero me parece significativo que respondamos también a las bellezas de la naturaleza inorgánica: las estrellas, los campos de nieve, las piedras preciosas, las puestas de sol, el arco iris, las montañas y el mar. La belleza no es un mero subproducto biológico. Se halla en todas partes. La materia viva no sólo la crea sino que ha **acabado** por hacer del hombre un ser que por su sensibilidad espiritual es capaz de empezar a crearla en nuevas y desconocidas formas.

He aquí el gran servicio que presta el arte al espíritu humano. El pintor, el músico, el poeta, llevan a su más alta expresión esa misma cualidad organizadora y creativa cuyo germen posee toda vida. Así como un organismo se apodera de la materia confusa y construye con ella un patrón corporal vivo, así el artista, tomando lienzos en blanco, pintura, mármol, sonidos musicales y los símbolos más sutiles de la palabra hablada y escrita, los emplea en la captación de un trozo de la hermosura de la naturaleza y los interpreta para nuestro espíritu. Utiliza estos símbolos como medio de comunicar su visión de la belleza cuando ésta no puede ser captada por la inteligencia, sino que ha de hablar a algo que llevamos más dentro. La labor del artista consiste, pues, en servir de intermediario entre el hombre y la naturaleza, expresando el anhelo de orden y belleza, ingénito en el espíritu humano, arraigado en la esencia misma de su vida, en términos que armonizan con la ordenación y belleza, más amplias, del universo exterior.



La Poesía en España

UNA NUEVA GENERACION

Por José Luis Cano

Este primer medio siglo ha conocido dos grandes generaciones poéticas españolas: la generación de Unamuno, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, de la que es inseparable un gran poeta americano, Rubén Darío, y la generación de 1927, es decir, la de Lorca y Alberti, Aleixandre y Cernuda, Salinas y Guillén, Alonso y Diego. Los poetas de esta última generación, algunos de los cuales han cumplido ya los sesenta años, comenzaron a publicar sus primeros libros en un tiempo —1923-1929— en que España vivía la dictadura del general Primo de Rivera, dictadura que era un paraíso de libertad en comparación con otras. Los poetas vivían entonces de espaldas a la política —lo que no quiere decir que viviesen de espaldas a la vida—, y pudieron entregarse sin restricción alguna a su arte, y vivirlo con intensidad y pureza. Muchos de ellos se adhirieron a la poesía pura entonces en boga, cuyos aires venían de París, con Mallarmé y Valéry al frente. La consigna de Juan Ramón Jiménez, “a la minoría, siempre”, era entonces aceptada como un símbolo de adhesión a la calidad más exquisita, que entrañaba cierto desdén por la masa, por el lector vulgar. Los años de la República que vinieron después —1931-1936— fueron propicios a toda actividad intelectual, y la poesía alcanzó un florecimiento inusitado. La generación de 1927 llegaba a su mayoría de edad, y se produjo entonces la carrera fulgurante de un Lorca, de un Alberti.

Pero las situaciones histó-

ricas en las que se desarrollan las generaciones literarias, no suelen repetirse, y el ciclo de la poesía pura, vivido en su primera fase por aquella generación, parece hoy cerrado para siempre. La guerra española de 1936 - 1939 determinó un cambio visible en la evolución de la poesía en España, y sobre todo, en la situación intelectual y moral del escritor, del poeta. La sangre había corrido demasiado, el odio y la crueldad habían impuesto su imperio con demasiada violencia para que los poetas pudieran seguir refugiándose en su torre de marfil (en la que, por supuesto, muy pocos quedaban ya en 1936. A la influencia de Juan Ramón Jiménez y de su poesía pura y voluntariamente minoritaria, sucedió la de Antonio Machado, tan profundamente humana y temporalista. La influencia de Machado, con su definición de la poesía como “palabra en el tiempo”, creció considerablemente, y, siguiendo su ejemplo, los nuevos poetas, sobre todo a partir de 1959, se sintieron comprometidos con su situación histórica, con el destino doloroso de su pueblo, de España. Nadie se atrevía ya a escribir poemas intelectuales o exquisitos, fuera del tiempo —tiempo de angustia y de crisis— que vivíamos. Vicente Aleixandre, que había sabido ya imprimir pasión a su poesía en sus libros anteriores a la guerra del 36, intensificó su alejamiento de la poesía pura, y supo contagiar a la nueva juventud poética con su afirmación, hecha en 1947, de que “poesía es comunicación”, y de que la poesía no es nada, ni merece

ser hecha, si no trasmite su palabra, el latido, a otro hombre, el lector, y mejor si son muchos. Para eso debe ser escrita. Aleixandre ha interpretado el sentimiento de la nueva generación con estas certeras palabras: “El tema esencial de la poesía de nuestros días es el cántico inmediato de la vida humana en su dimensión histórica; el cántico del hombre *situado*, es decir, en cuanto localizado en un tiempo, que es irreversible, y en un espacio, en una sociedad determinada, con unos determinados problemas que le son propios y que por tanto le definen”.

He aquí, pues, que la nueva poesía española se define por su temporalidad e historicidad, como quería Antonio Machado, y se aleja totalmente del esteticismo y el purismo predicados por Juan Ramón Jiménez, que mantuvo a la poesía española, hasta 1936, en una atmósfera minoritaria y alejada del pueblo. Hoy los poetas de las nuevas generaciones —como Gabriel Celaya, Blas de Otero, Nora o Hierro— coinciden en afirmar que el signo de nuestro tiempo es lo social, y que el poeta no puede sentirse ajeno a él, y así como no puede desentenderse, como poeta, de sus propios deseos y penas, tampoco puede permanecer ajeno a los de su pueblo, de cuyo ámbito y raíces se nutre diariamente.

El fenómeno, pues, más importante que se ha producido en la poesía española de los dos últimos lustros es un creciente alejamiento del esteti-

cismo, de la belleza poética por la belleza misma, y el cultivo de una lírica que aspira a ser un testimonio de nuestro tiempo, con sus dolores y esperanzas, dentro de una tendencia neorrealista, en la que se inserta hoy casi toda la literatura española actual. Esa nueva poesía, de cuño social en gran parte, exigía, claro es, un nuevo lenguaje poético, apto para expresar la nueva “situación”, el nuevo humanismo temporalista y social en el que coinciden los poetas de la nueva generación. Cada poesía, en cada época, pide y crea su propio lenguaje, y los nuevos poetas han creado el suyo: un lenguaje claro y directo, que a veces se acerca peligrosamente a la prosa: un lenguaje mayoritario, que no desdén incluso, tomar en préstamo el habla de la calle, porque aspira a ser leído y entendido por todos.

No es fácil separar el fenómeno al que acabamos de aludir, de la situación histórica española. Los poetas que hoy tienen 25 años —la nueva generación— eran niños cuando comenzó la guerra civil en España. Hoy no quieren saber nada de esa guerra, a la que se sienten ajenos, si no es para imprecarla o para cantar un futuro de libertad que vislumbran. No por ello se sienten insolidarios de la tradición de 1927, se sienten en cierto modo continuadores suyos. Pero la nueva generación es una generación rebelde e inconformista, que detesta la censura y empieza a cantar, cuando puede, a una patria futura en libertad. Es éste un fenómeno que cualquier lector de la poesía española de hoy puede observar fácilmente. El tema de la patria, agónicamente vivo en la generación del 98 —en Unamuno y en Machado sobre todo—, y apenas tocado por la generación del 27, ha cobrado nueva actualidad gracias a los poetas de las últimas generaciones, preocupados por el destino y la libertad de España. Con frecuencia se escuchan en ellos voces amargas, lamentaciones sobre España y su honda herida. Así la voz de José Hierro, uno de los mejores poetas de la nueva generación, en su **Canto a España**:

Oh España, qué triste pareces.

Quisiera asistir a tu muerte, a tu sueño completo,
saber que te hundías de pronto en las aguas, igual que
[un navío maldito.

Y sobre la noche marina, borrada tu estela,
España, ni en ti pensaría. Ni en mí. Ya extranjero
[de tierras y días.

Ya libre y feliz, como viento que no halla ni rosa,
[ni mar, ni molino,
Sin memoria, ni historia, ni edad, ni recuerdos ni pena. . .

...en vez de mirarte, oh España, clavel encendido
[de sueños de llama,
cofre de dura corteza que guarda en su entraña caliente
la vieja moneda de plata, cubierta de olvido, de polvo
[y cansancio.

El mismo pesaroso acento se encuentra en otro poeta de la nueva generación, Eugenio de Nora, que ha escrito quizá el libro más bello dedicado al

tema de España, titulado **España, pasión de vida**. He aquí cómo Nora canta a la patria en su poema **Presencia**:

Sacio mi vista en tu presencia,
mi hermosa, mi gozosa España,
pero dueles, Patria de pechos
mutilados, de boca pálida:
porque se odian y te odian
hijos que tú igualmente amas.
¡Dueles, dueles! Por eso quiero
cantar tu gloria y tu esperanza;

INSTITUTO COSTARRICENSE DE ELECTRICIDAD

El Instituto Costarricense de Electricidad es un proceso de trabajo que va desde la producción de electricidad hasta el depósito de ésta para su utilización en manos de los costarricenses.

- EL "ICE" MAS QUE UNA EMPRESA LEGAL ES UNA EMPRESA HUMANA.
- EL "ICE" MAS QUE UNA ORGANIZACION OFICIAL ES UNA ORGANIZACION DE TRABAJO.
- EL "ICE" MAS QUE UNA OFICINA DE TRAMITES ES UN VEHICULO DE SERVICIO.

INSTITUTO COSTARRICENSE DE ELECTRICIDAD

UNA INSTITUCION
AL SERVICIO DEL PAIS

tu gloria cegadora, limpia,
tu esperanza desesperada.
España, deja que te nombre,
y queme en tu amor mis palabras
sin odio, puras y sin muerte,
pero rojas de sangre cálida.
...En tus planicies y en tus ríos,
en tus bosques y tus montañas,
pero más en tus hombres, vivos
y muertos, en sus nobles almas,
sobre las hondas ruinas, veo
un rostro hermoso. ¡España. España!
¡Pasión de sangre! Amor de vida,
amor de libertad te canta
en una aurora del destino.
Amor amargo de la patria.

Pero quizá la primacía en la muerte y En vez de sueño, tocar el tema de España, poéticamente, pertenezca a un poeta tan hondo y verdadero como Carlos Bousoño, que ya en sus primeros libros, como **Subida al amor, Primavera de**

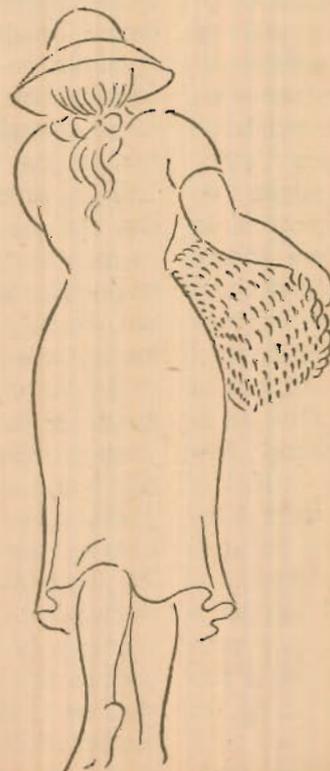
supo escribir poemas estremecidos soñando y pensando en la patria. Me bastará citar como ejemplo el soneto **Reposa, España:**

Amor limado contra tanta losa
como contra una piedra una navaja.
Amor que día a día así trabaja.
Campo de soledad. Cielo de fosa.

Pretendemos hacer a España hermosa
cual trabajar en nuestra propia caja
de muerto; España que en la luz se cuaja
como un sepulcro funeral. Reposa.

Reposa, España. Todos reposemos.
¡Oh blanca tumba entre la luz sumida!
Blanca luz de la muerte que bebemos

a diario. No de muerte, no de vida;
de amor de ti nos envenenaremos,
España del amor, patria extinguida.



Prosas de César Vallejo

¿Qué hay de más desesperante en la tierra, que la imposibilidad en que se halla el hombre feliz de ser infortunado y el hombre bueno de ser malvado?

No vive ya nadie en la casa —me dices—; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio, yacen despoblados. Nadie ya queda, pues que todos han partido.

Y yo te digo: Cuando alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son

de piedra o de acero, pero no de hombre. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Una casa vive únicamente de hombre, como una tumba. De aquí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Sólo que la casa se nutre de la vida del hombre, mientras que la tumba se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida.

Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos se han quedado en verdad. Y no es el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos. Y no es tampoco que ellos queden en la casa, sino que continúan por la casa. Las funciones y

los actos, se van de la casa en tren o en avión o a caballo, a pie o arrastrándose. Lo que continúa es el órgano, el agente en gerundio o en círcu-

lo. Los pasos se han ido, los besos, los perdones, los crímenes. Los que continúan en la casa es el pie, los labios, los ojos, el corazón. Las negociaciones y las afirmaciones, el bien y el mal, se han dispersado. Lo que continúa en la casa, es el sujeto del acto.

En suma, no poseo, para expresar mi vida sino mi muerte.

Y después de todo, al cabo de la escalonada naturaleza y del gorrión en bloque, me duermo, mano a mano con mi sombra.

Y, al descender del acto venerable y del otro gemido, me reposo pensando en la marcha inuértérrita del tiempo.

ESCUELA DE RELACIONES PUBLICAS EN COSTA RICA

Desde agosto de 1958 ha estado trabajando, en San José, la Escuela de Relaciones Públicas fundada por el periodista D. Gabriel Solera. En estos días está ofreciendo matrícula para el curso de Relaciones que dura 4 meses. Lecciones lunes y viernes.

Los informes se obtienen por el teléfono J-6267.—

Este sentimiento pesimista y amargo de España, quizá heredado de la generación del 98, se expresa dramáticamente en estos y otros poetas españoles de hoy. Habría que citar el **Canto Total a España** de Victoriano Crémer, o el **Canto rabioso de amor a España** en

su **belleza**, de Angela Figuera. Y sobre todo el libro de Blas de Otero **Pido la paz y la palabra**, que contiene quizá el poema más terrible de acusación que se ha escrito sobre la España cruel de la guerra civil. Se titula **Hija de Yago**, y dice así.

**Aquí, proa de Europa preñadamente en punto;
aquí, talón sangrante del bárbaro Occidente;
áspid en piedra viva, que el mar dispersa y junta;
pánica Iberia, silo del sol, haza crujiente.**

**Tremor de muerte, eterno tremor escarnecido,
ávidamente orzaba la proa hacia otra vida,
en tanto que el talón, en tierra entrometido,
pisaba, horrible, el rostro de América adormida.**

**¡Santiago, y cierra, España! Derrostran con las uñas
y con los dientes rezan a un Dios de infierno en ristre,
enciellan a sus muertos, entierran las pezuñas
en la más ardua historia que la Historia registre.
Angeles y arcángeles se juntan contra el hombre.**

**Y el hambre hace su presa, los túmulos su agosto.
Tres años y cien caños de sangre Abel, sin nombre...
(Insoportablemente terrible es su arregosto).**

**Madre y maestra mía, triste, espaciosa España.
He aquí a tu hijo. Ungenos, madre. Haz
habitable tu ámbito. Respirable tu extraña
paz. Para el hombre. Paz. Para el aire. Madre, paz.**

Y hasta en los poetas más jóvenes, como José Angel Valiente —un niño, cuando la guerra civil española— brota ese sentimiento angustiado y doloroso de la patria, patéticamente expresado en poemas como **Patria, cuyo nombre no sé**.

Pero otra cara del tema de la patria mira hacia el futuro. Pues otros poetas lo que cantan no es la patria extinguida, sino la patria del mañana. Sus cantos son de libertad y de esperanza. Así Gabriel Celaya,

Angela Figuera, Leopoldo de Luis, Caballero Bonald, Ramón de Garciasol, José Agustín Goytisolo, y el mismo Blas de Otero, entre otros muchos que podría citar. Todos ellos sueñan y cantan a una patria en que se arranque de cuajo la planta cañesca de la guerra civil, y en la que sea habitable una atmósfera de libertad y de convivencia. Una patria respirable por todos.

(De LA GACETA. Fondo de Cultura Económica). México.

¿Por qué la cuerda, entonces, si el aire es tan sencillo? Para qué la cadena, si existe el hierro por sí solo?

César Vallejo, el acento con que amas, el verbo con que escribes, el vientecillo con que oyes, sólo saben de ti por tu garaganta.

César Vallejo, póstrate, por eso, con indistinto orgullo, con tálamo de ornamentales áspides y hexagonales ecos.

Restitúyete al corpóreo pánal, a la beldad; aroma los florecidos corchos, cierra ambas grutas al ceñudo antropoide; repara, en fin, tu antipático venado; tente pena.

¡Que no hay cosa más densa que el odio en voz pasiva, ni más misera ubre que el amor!

¡Que ya no puedo andar, sino en dos harpas!

¡Que ya no me conoces, sino porque te sigo instrumental, prolijamente!

¡Que ya no doy gusanos, sino breves!

¡Que ya te implico tanto, que medio que te afilas!

¡Que ya llevo unas timidas legumbres y otras bravas!

Pues el afecto que quíebrase de noche en mis brónquios, lo trajeron de día ocultos deanes y, si amanezco pálido, es por mi obra; y si anochezco rojo, por mi obrero. Ello explica, igualmente, estos cansancios míos y estos despojos, mis famosos tíos. Ello explica, en fin, esta lágrima que brindo por la dicha de los hombres.

¡César Vallejo, parece mentira que así tarden tus
[parientes,
sabiendo que ando cautivo,
sabiendo que yaces libre!
¡Vistosa y perra suerte!
¡César Vallejo, te odio con
[ternura!

23 nov. 1931

Existe un mutilado, no de combate sino de abrazo, no de

la guerra sino de la paz. Perdió el rostro en el amor y no en el odio. Lo perdió en el curso normal de la vida y no en un accidente. Lo perdió en el orden de la naturaleza y no en el desorden de los hombres. El coronel Piccot, presidente de "Les gueules casseés", lleva la boca comida por la pólvora de 1914. Este mutilado que conozco, lleva el rostro comido, por el aire inmortal e inmemorial.

Voy a hablar de la esperanza

Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera, también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni mahometano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente.

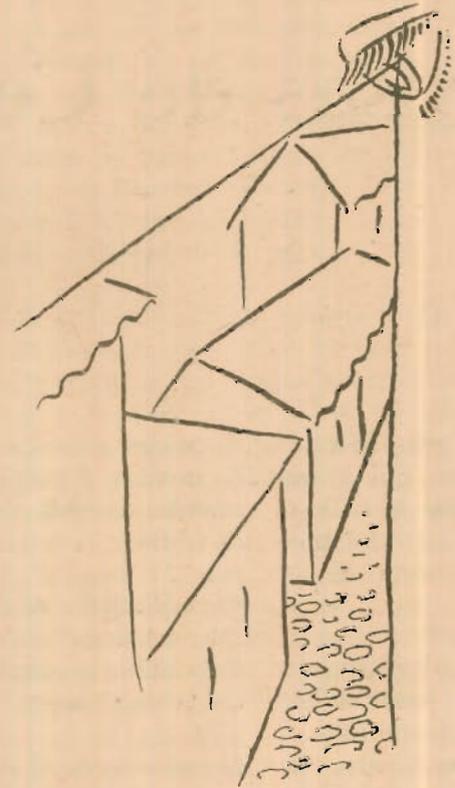
Me duelo ahora sin explicaciones. Mi dolor es tan hondo, que no tuvo causa ni carece de causa. ¿Qué sería su causa? ¿Dónde está aquello tan importante, que dejase de ser su causa? ¿A qué ha nacido este dolor, por sí mismo? Mi dolor es del viento del norte y del viento del sur, como esos huevos neutros que algunas aves raras ponen al viento. Si hubiera muerto mi novia, mi dolor sería igual. Si me hubieran cortado el cuello de raíz, mi dolor sería igual. Si la vida fuese, en fin, de otro modo, mi dolor sería igual. Hoy sufro solamente.

Miro el dolor del hambriento y veo que su hambre anda tan lejos de mi sufrimiento, que de quedarme ayuno hasta morir saldría siempre de mi tumba una brizna de yerba al menos. ¡Lo mismo el enamorado! ¡Qué sangre la suya más engendradora, para la mía sin fuente ni consumo!

Yo creía hasta ahora que todas las cosas del universo eran, inevitablemente, padres o hijos. Pero he aquí que mi

dolor de hoy no es padre ni hijo. Le falta espalda para anochececer, tanto como le sopecho para amanecer y si lo

pusiesen en una estancia luminosa, no echaría sombra. Hoy sufro suceda lo que suceda. Hoy sufro solamente.



Aerovías del Valle

LTDA.

AVE

UNA EMPRESA NETAMENTE NACIONAL

Ofrece vuelos diarios a San Isidro, Volcán,
Puerto Cortés, San Vito, Villa Neilly,
Buenos Aires, Potrero Grande, Palmar,
La Cuesta.

"AVE" ES SEGURIDAD EN VUELO

Teléfonos: 6078 - 2318 — Apartado 1287

Oficina: Costado Sur Club Unión

Brújula Quieta

El Museo Nacional y el Centro Cultural Costarricense Norteamericano presentó del 24 de agosto al 11 de Setiembre una magnífica exposición de Acuarelas de Margarita Bertheau. No queremos dejar pasar sin una pequeña nota este acontecimiento. Margarita presentó su trabajo, su trabajo siempre hecho con amor y gran vocación. Pudimos admirar en sus acuarelas el claro concepto que ella tiene de lo que es pintura; su fuerza expresiva, su talento creador. Nada que ya no supiéramos encontramos en esta exposición. En ella está presente la pintora ya formada que tiene, alcanzado por el trabajo y por el estudio, un medio expresivo muy propio.

En el próximo número BRECHA publicará un artículo sobre Margarita del pintor y crítico Francisco Amigheti.

Para Margarita Bertheau el cariñoso saludo de BRECHA.

—:—

El Ministerio de Educación Pública sigue muy interesado en buscar la solución más adecuada al grave problema de la apatía con que nuestro público en general mira a todos los actos culturales que en una forma o en otra puedan llegar al país u ofrecérsenos en diferente forma. Considera el titular de la cartera que al Ministerio le corresponde tomar la iniciativa en este sentido, ya que de no hacerlo estaría conforme con la apatía y desgaño con que se han mirado es-

tos actos hasta el momento.

Al efecto el Ministerio ha estado en constantes conversaciones con diferentes personas representativas de la comunidad —damas y caballeros— que han estado interesados siempre en los problemas del arte. Esta semana se verificó una interesantísima reunión en ese sentido, en la que se aprobó la proposición del Ministro para crear una entidad que adscrita al Ministerio pudiera prestarnos la colaboración que se necesita y disponer en mejor forma la campaña, y trabajo que ha de realizarse en ese sentido. Dicho organismo se llamará "Consejo Técnico de Bellas Artes", y será asesor del Departamento de Extensión Cultural. Estará integrado por 5 miembros, todos técnicos en los diferentes campos del arte, a saber: uno por las artes plásticas, otro por la música, otro por el teatro, otro por poesía y declamación y otro por radiodifusión y televisión.

Inmediatamente procederá el Ministro a designar las personas que han de integrar este Consejo Técnico, pues es un deseo que se lleve a la práctica lo más pronto posible la campaña señalada. El Consejo Técnico de Bellas Artes organizará sub-comisiones de trabajo con representantes, principalmente de los siguientes organismos:

—1 Representante de la Universidad de Costa Rica.

1— Representante de la Comisión Nacional de Unesco.

—1 Representante del Centro Cultural.

—1 Representante de la Alianza Francesa.

—1 Representante del Instituto de Cultura Hispánica.

—1 Representante de la Soc. Dante Alighieri.

—1 Representante de la Radio.

—1 Representante de la Prensa.

—1 Representante de la Junta de Turismo.

El Consejo Técnico de Bellas Artes tratará de conseguir un pequeño aporte económico de presupuesto a efecto de poder garantizar la venida de buenos elementos concertistas o solistas y poder así bajar el precio de las entradas del Teatro Nacional ya sin la preocupación de que deben sacarse los gastos. Al mismo tiempo el Ministerio desea reservar toda la sección de palcos de galería para distribuir entre los alumnos de las escuelas y colegios del país a efecto de que asistan a estos actos culturales en unión de su maestro o profesor y vayan así formando su gusto en este sentido.

El Ministerio espera la más amplia colaboración de todos los sectores para que esta campaña en pro del arte y de la cultura logre sus objetivos, dentro del más corto plazo posible.

—:—

Tema y paisaje descritos con sencillez y pasión hacen de: La Castaña, una magnífica novela. Su autor: Fernando

Ponce de León, colombiano y coterráneo de los personajes de su libro.

Significativo mensaje y denuncia de la injusticia social que aprieta al campesino de su Patria, en muchísimas cosas parecida a la nuestra, es La Castaña.

Ponce de León es antes de todo un escritor que sabe mirar y decir las cosas bien. Por esta razón los seres que se mueven dentro de sus obras (Matías etc.) son reales, humanos, con esa ingenuidad de los riachuelos sin nombre.

No hace Política, mucho menos demagogia, puntos de apoyo con los que se fortalecen bastantes escritores. Su estilo cuidado lo mismo que el idioma permite augurarle un magnífico porvenir en la novelística americana en donde hay tanto por hacer aún.

La Castaña es una novela que debe ser leída no sólo por los amigos de la lectura, sino por todos aquellos ansiosos de conocer las situaciones especiales por las que atraviesan los campesinos del Continente.

Agregamos la dirección del autor por si alguien desea escribirle y cambiar ideas.

S. J. C.

Fernando Ponce de León
Calle 15 N° 8 - 79.
Bogotá - Colombia.

—:—

Se reunieron en el Despacho del Ministerio de Educación Pública, profesor Joaquín Vargas Méndez, don Gonzalo Soto, Jefe del Departamento de Planeamiento y Servicios Docentes, Cecilia Valverde, Jefe del Departamento de Extensión Cultural, y el poeta Julián Marchena, Director General de Bibliotecas, esto con el fin de planear la promoción de una intensa y original campaña de extensión Cultural.

A través de dichas dependencias, se tiene en mente cristalizar esta iniciativa del Profesor Vargas Méndez, consistente en prestarle verdadera ayuda tanto a maestros co-

mo a los alumnos de las escuelas rurales situadas en los lugares más alejados de los centros urbanos del país.

Tres puntos contienen el programa trazado:

1) Realizar una verdadera lluvia de libros a maestros y niños formando pequeñas bibliotecas, sin gasto alguno para el Estado. Se les pedirá a maestros y estudiantes de los centros urbanos y público en general que tengan deseo de ayudar a la empresa, un libro a cada uno, podrá ser en algunos casos libritos de cuentos, novelistas, etc. Para ese efecto se elaborará una lista de obras adecuadas. Será una cosa dirigida, en otras palabras.

2) Se abrirá una campaña por radio, usando el espacio cedido por ley al Ministerio, para mover el espíritu de colaboración nacional. Solicitaremos que las estaciones de radio de lugares lejanos entren en cadena con los programas originados en esta capital mediante programas elaborados por el Ministerio. A través de esas audiciones les podrán llegar lecturas amenas y esvógidas, temas didácticos, etc., todo lo necesario para vincular mejor al magisterio de los campos. Será un vehículo para mantener informado al día a aquellos maestros y padres de familia de lo que se piensa y se traza en el Ministerio.

3) Mediante publicaciones en forma de boletines y folletos mimeografiados se enviará a los inspectores de circuito para que los distribuyan entre los maestros bajo su jurisdicción, sugerencias, indicaciones, encuestas, consejos, etc.

La idea es inaugurar el programa que incluirá esta cruzada el próximo día 15 de setiembre, como un medio de darle un significado de hondo civismo al propósito, porque llevar luz y cultura a nuestros niños y a nuestros maestros más dejados de la mano de Dios es patriotismo y del más depurado.

La última Asamblea general ordinaria de la Sociedad Europea de Cultura que se reunió en Venecia adoptó por unanimidad la siguiente declaración:

“La cultura no se limita a la capitalización, conservación y transmisión de un patrimonio de valores tradicionales, por preciosos que sean; consiste esencialmente en el proceso creador de nuevos valores. La cultura no es privativa de minorías privilegiadas, sino el bien indiviso y la obra común que resulta del esfuerzo de todos y de cada uno para expresar y hacer realidad las aspiraciones y las necesi-

dades profundas de todos los hombres; toda traba, de cualquier naturaleza que sea, que se oponga al derecho de los pueblos a emanciparse y a desarrollar libremente su propia cultura constituye un peligro para el desarrollo de la civilización universal”.

En consecuencia, la Sociedad Europea de Cultura lanza un llamado a los hombres de cultura de todos los países pidiéndoles que adquieran mayor conciencia de su solidaridad y de sus responsabilidades políticas y sociales. Les pide que redoblen la vigilancia y los esfuerzos para mantener, a través de un diálogo abierto y de buena fe, una cooperación cada vez más estrecha entre todos los pueblos.

Beckett, el autor irlandés que renegando de su idioma escribió en francés una de las piezas teatrales que más han conmovido al público contemporáneo de distintos países —*Esperando a Godot*—, parece haberse superado, al decir de los críticos, con una nueva obra estrenada el 1° de abril en Londres: *Fin de Partie*. Ella no fue estrenada en París —dice un comentarista— “porque la imbecilidad de al-

gunos directores parisienses no quisieron correr el riesgo a pesar del prodigioso éxito de *Godot*”. Esta obra de Beckett seguramente ha de perdurar como una de las grandes creaciones literarias de nuestro tiempo.

—:—
Cuando el 13 germinal, año II —3 de abril de 1794— Dantón compareció ante los que iban a condenarle a muerte y el presidente del tribunal Hermann le preguntó su nombre, profesión y domicilio, contestó:

—Georges Jacques Dantón, 34 años de edad, abogado, diputado a la Convención, nacido en Arcis-sur-Aube. Pronto estaré domiciliado en la Nada y mi nombre, pese a todo, figurará en el Panteón de la Historia.

¡Treinta y cuatro años de edad! Sí, era joven Dantón cuando lo guillotinaron. Casi todos eran jóvenes los revolucionarios franceses de 1789. Robespierre tenía 31 años; Camille Desmoulins, 29; Joseph le Bon, 24; Philippe Lebas, 24; Saint-Just, 22; Carrier, 33; Couthon, 33; Fouché 30; Fabre d'Englantine, 39. Y así es siempre. Los grandes acontecimientos que cambian el curso de la Historia del mundo, son promovidos por

volo **LACSA**...

gracias!

Economía Nacional

la juventud con anhelos de libertad y de progreso.

—:—

Contestando a una persona probablemente a un escritor cargado de años que se lamentaba de lo muy pesado que le era trazar una sólo línea, André Maurois le dijo: "Esto le ocurre porque escribir no es su profesión. En cambio, para aquel que posee el instinto del estilo, la elección de las palabras, la construcción de un párrafo, que siempre tiene a punto la metáfora, escribir es un verdadero placer. Dar forma a una idea, presentar con claridad lo que parecía oscuro, encontrar el trazo que da sabor y alegría a una página es tan delicioso como hacer un ramo de flores, como proyectar un jardín o modelar una estatua. Si los pintores enamorados de la pintura no dejan el pincel hasta el día de su muerte, ¿por qué razón el escritor que ame a su arte no habrá de escribir con placer hasta el último momento?"

—:—

Con motivo del centenario del nacimiento del gran poeta Manuel Gutiérrez Nájera, el príncipe de las letras mexicanas a pesar de haber fallecido a los 33 años, la Universidad Nacional Autónoma de México prepara la edición de sus obras completas. El poeta nació el 22 de diciembre de 1859 en la calle del Esclavo número 1, hoy República de Chile. A los 16 años de edad comenzó su carrera periodística colaborando en diversas publicaciones periódicas y diarias con éxito creciente. El poeta, elegante y melancólico, se transformaba en el satírico, mordaz y cáustico periodista, firmando con distintos seudónimos. El primer galardón literario lo obtuvo siendo un adolescente en un concurso poético en honor de Santa Teresa.

—:—

El local del Arlequín fue abierto por la Universidad de Costa Rica en 1953, como un salón de cámara del Teatro Universitario, que durante dos años había venido actuando

en el Teatro Nacional. Mientras estuvo bajo la égida de la Universidad, presentaba programas de obras cortas, y tenía un amable servicio de café. Allí se vieron obras breves de Eugene O' Neill, Susan Glaspell, los hermanos Alvarez Quintero, Noel Comard, y dos obras costarricenses de H. Alfredo Castro y Alberto Cañas.

Hace aproximadamente cuatro años, el local pasó a manos de un grupo privado entusiasta, convertido en Asociación Cultural. Y desde entonces, el Arlequín ha sido un centro de cultura principalísimo en el ambiente josefino. En ese tiempo, ha logrado un magnífico equipo de actores y actrices, ha desarrollado en Jean Moulart un director inteligente y sensitivo, y ha presentado obras de gran calibre. Eugene O'Neill, Ugo Betti, Eugene Ionesco, Ibsen, Terence Rattigan, Jan de Hartog, Pedro Bloch, Anton Chejov, Jean Tardieu, han sido —entre otros— autores de cuyas obras han pasado por el escenario del pequeño teatro, sitio obligado de asistencia y reunión de los aficionados josefinos.

Pero no es el Arlequín el único teatro activo. También está Las Máscaras, antiguo teatro de la Prensa, más joven y de vida más accidentada. Fundado originalmente por Luccio Ranucci, pertenece hoy a Roberto Fernández, y su principal director es José Tasies, de la Universidad de Chile. Por el escenario de Las Máscaras han desfilado obras de Jean Anouilh, Patrick Hamilton, André Roussin y Jacques Deval. Y se anuncia como inminente el estreno de "Esquina Peligrosa", la intrigante y famosa obra de J. B. Priestley.

La labor comenzada por el Teatro Universitario en 1951, ha florecido ya en tres grupos permanentes (porque los Universitarios, aunque en menor escala, no cejan). En directores como Ranucci, Moulart y Tasies. En actrices como Kifino Arguedas, Ana Poltronieri, Isa Oropesa, Clemencia Martínez, Virginia de Fernández, Annabel Garrido, Sagra-

rio Pérez Soto y Lucrecia Leiva; en actores como el propio Moulart, Guido Sáenz, José Trejos, Roberto Fernández, Luis Chocano, Fernando del Castillo, José Tasies, Daniel Gallegos y Kenneth McCormick.

Pero... ¿existe un verdadero teatro nacional al día de hoy? En todos estos años, sólo tres obras costarricenses se han presentado; dos de Cañas y una de Castro. ¿Es que no hay más? Se habla continuamente de más obras de estos autores, y de otras de Daniel Gallegos, de Guido Fernández, de Brunello Vincenzi, de Manuel Escalante Durán,

de Carlos Salazar Herrera, José Tasies, o de la resurrección (el término es exacto) de la labor dramática de José Marín Cañas, José Fabio Garnier, Ricardo Jiménez Alpizar, Raúl Salazar, Carlos Gagini y Ernesto Martín.

De allí es de donde puede salir un verdadero, un auténtico teatro costarricense. Ahora, tenemos una estupenda labor cultural hacia afuera, como lo podrá apreciar el visitante que asista a las representaciones del Arlequín. Es de esperarse que dentro de poco tiempo, tengamos esa labor proyectándose hacia adentro, hacia nuestra propia alma costarricense.



GANADERO:

Las Melazas

constituyen el alimento más eficaz y más económico para su hato.

MAYOR PRODUCCION DE LECHE

Engorde más rápido del ganado de carne. Diez céntimos el kilogramo.— Cuatro y medio céntimos la libra.

Sólo las piedras cuestan menos que las melazas!

Pregunte al Ministerio de Agricultura e Industrias por los extraordinarios resultados que ha obtenido en sus experiencias con este alimento.

CAMARA DE AZUCAREROS

MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington"

Equipo de Refrigeración.

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal"

SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

EDIFICIO INTERNATIONAL

75 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"

Conozca Costa Rica primero

Las bellezas naturales y la cultura de su pueblo son el fundamento básico para competir en el mercado turístico internacional

Colabore con el

INSTITUTO COSTARRICENSE DE TURISMO

una institución autónoma para el fomento del turismo como medio de robustecer la economía nacional y fuerte vínculo de unión entre los pueblos del mundo.